



TOLSTOY

PLACERES
CRUELES

PG3367

.S5

P5



1020025772



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PLACERES CRUELES

Núm. Clas 170
Núm. Autor 1654-b
Núm. Adg. 34912
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó dy

OBRAS DE LEON TOLSTOY

de venta en esta Casa Editorial

<u>LA SONATA DE KREUTZER.</u>	. . .	1 tomo
<u>EL MATRIMONIO.</u>	1 »
<u>AMO Y CRIADO.</u>	1 »
<u>RESURRECCIÓN.</u>	2 »
<u>LOS COSACOS.—IMITACIONES.</u>	. . .	1 »
<u>LA ESCLAVITUD MODERNA.</u>	. . .	1 »
<u>LA VERDADERA VIDA.</u>	1 »
<u>AMOR Y LIBERTAD.</u>	1 »
<u>ANA KARENINE.</u>	2 »
<u>PLACERES VICIOSOS.</u>	1 »
<u>¿QUÉ ES EL ARTE?</u>	1 »
<u>LA GUERRA Y LA PAZ.</u>	3 »
<u>POLIKUCHKA.</u>	1 »
<u>IVÁN EL IMBÉCIL.</u>	1 »
<u>LA SALVACIÓN ESTÁ EN VOSOTROS</u>	1	»

CONDE LEÓN TOLSTOY

PLACERES

CRUELES

TRADUCCIÓN

de

AUGUSTO RIERA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI, MALLORCA, 226 y 228
BUENOS AYRES || MÉXICO
Maucci Herms. Cuyo 1070 || Maucci Herms. 1.ª Relox 1

1902

100732

34912

891.7
5

PG3367
.S5
R5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

PREFACIO



PREFACIO

LA ALIMENTACIÓN Y EL LUJO

I

La emoción producida por el artículo que el conde Tolstoy publicó en la *Revue scientifique*, no nos sorprende. El gran escritor ruso atacaba atrevidamente á los ídolos más respetados, y llegó hasta las últimas consecuencias de su teoría, con la audacia y el empuje que le distinguen.

No tenemos la pretensión de contestarle; tan pocas páginas no nos bastarían; además, estamos de

acuerdo con muchas de sus ideas, y no las hemos de combatir por lo tanto. Únicamente quisiéramos tratar el mismo asunto que él, con menos amplitud. A decir verdad, y por mucho que sea el talento de Tolstoy, el asunto no está agotado, ni mucho menos, y puede prestarse á innumerables trabajos. Puede ser que, aun después de su admirable escrito, quede algo por decir.

La tesis que sostiene el célebre filósofo no es sencilla; se compone de tres partes bastante distintas, que creo que se pueden formular así:

- 1.º El lujo es malo;
- 2.º Nuestra alimentación es harto abundante;
- 3.º Hay que reemplazar nuestra alimentación animal por otra vegetal.

Veamos lo que cabe decir de tales proposiciones.

II

Es bien difícil señalar dónde empieza el lujo y dónde acaba. Se recordará que Diógenes, habiendo

visto que un viajero bebía, en el hueco de la mano, el agua de un arroyo, arrojó en seguida su escudilla, que sin duda consideró desde entonces como un trasto inútil. Aquella escudilla componía todo su ajuar; á la vez constituía un lujo; pero debe confesarse que no era un lujo inmoderado.

Tomando al pie de la letra lo que dice Tolstoy, todo ó casi todo lo que empleamos durante el curso de nuestra existencia, puede considerarse como un lujo. Hasta lo que más necesario nos parece, el pan blanco, la carne fresca, la ropa limpia y el jabón constituyen un lujo. En efecto, hay muchos seres humanos que viven sin necesidad de las cosas citadas.

Claro es que, por sí mismo, el lujo del pan blanco no es malo, y que no se puede considerar como un mal hombre aquel que prefiere el pan blanco al pan moreno. Según el autor ruso, el lujo en general, y el del pan blanco en particular, son malos por dos razones: porque afeminan al que los usa, y porque es inmoral comer pan blanco, cuando hay gran número de nuestros semejantes que mueren de hambre, no teniendo pan, ni aun moreno, que comer.

El primer argumento, aunque menos grave que el segundo, no deja de ser bastante serio. Nadie negará que la vida fácil y lujosa que á los ricos proporciona el progreso incesante de la industria, les hace penosas las privaciones y la austeridad. El manto de Marco Aurelio no me bastaría para pasar una buena noche, y, probablemente, muchos de mis lectores se hallarían en igual caso. Sin embargo, es útil poder dormir sobre el duro suelo, vestido y sin otro abrigo que una capa. Claro está que, si fuera preciso, me contentaría con una capa, que comería pan moreno, y no usaría jabón. Pero la civilización me ha corrompido de tal modo, que esta nueva existencia me parecería muy desagradable, ó poco agradable, cuando menos.

He de confesar francamente que no veo la necesidad de volver atrás, ni de suprimir el lujo que me rodea. Comprendo que, si lo quisiera, en una circunstancia dada, en el servicio militar, en un viaje, por apuesta, por necesidad, etc., podría en un instante abolir este lujo del pan blanco, de la cama mullida y del jabón.

El afeminamiento producido por el bienestar no

creo que me domine hasta el punto de que tal supresión me hiciera enfermar. Puedo hablar por experiencia. Hace algunos años, en un viaje largo por países del todo incultos, perdí rápidamente la noción del lujo, que consistía en esos tres elementos, que parecen indispensables cuando se vive en la ciudad: el pan blanco, la cama y el jabón; y me admiraba ver con cuánta facilidad aceptaba tal privación.

Vamos al segundo argumento, que es fundamental, es decir, que el lujo es culpable, porque existen desdichados que no cuentan con lo necesario.

Es, en verdad, espectáculo escandaloso el contraste que existe entre ciertas existencias miserables y otras existencias lujosas. No creo verdaderamente

que se pueda hallar fenómeno más lamentable y que mejor indique el estado precario é imperfecto de nuestra constitución social. Cuanto se puede decir acerca de esto, es menos triste que la triste verdad.

Sin embargo, la miseria sólo debe compadecerse cuando es inmerecida; por ejemplo, la de los niños ó de las mujeres, ó la de los hombres que no pueden encontrar trabajo, ó la más frecuente de los obreros de la ciudad y el campo, cuyo salario es insuficiente. Pero, por fortuna, por muy profundas que sean ciertas miserias, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en América, ni en Alemania, no llegan hasta la muerte por inanición, y únicamente en Rusia y en Asia, el hambre causa víctimas. ¡Ay! demasiado es eso; y me parece que todo hombre de corazón debe sentir por ello un secreto remordimiento lleno de angustia.

Podemos, no obstante, decir en general que nadie muere de hambre por falta de trabajo, y que la diferencia entre las diversas clases, en Europa, cuando menos, consiste en que en una parte reina el

lujo muy grande, y en la otra hay tan sólo lo estrictamente necesario (1).

Existentemente, es absurdo un gran lujo, sobre todo cuando destruye objetos útiles para los demás. Tomar un baño de leche para que la piel quede suave y perfumada, es sin duda una monstruosidad, pues los cien litros de leche hubieran llevado el bienestar, y casi la salud, á cincuenta familias pobres. Pero conozco pocos ejemplos de esos baños de leche, y hay otros lujos que no son absurdos.

(1) Esta aserción de que nadie muere de hambre, es evidentemente exagerada. Hay muchos niños que, mal nutridos y cuidados, mueren de hambre en realidad. Luego tenemos las enfermedades causadas por la miseria y por una alimentación deficiente. Estos males no basta á curarlos la caridad pública y privada, y ni aun á paliarlos.

Pero no se llegará á suprimir tal miseria disminuyendo el lujo, sino reformando la organización social, y sobre todo, combatiendo los vicios de la civilización: el alcoholismo, la pereza y el juego. Muy á menudo, los que padecen miseria es por su culpa; sino por su culpa moral, á causa de sus actos. Un obrero, si es sobrio, puede ganar su vida y la de sus hijos. Debemos, pues, tratar de inculcarle la costumbre de la sobriedad y el trabajo, en vez de darle una limosna que disipa rápidamente.

Lo que perpetúa la miseria no es el lujo de los ricos, sino el vicio de los pobres; son pobres porque tienen vicios: es, pues, una paradoja pretender que nuestro lujo engendra la miseria.

Séame, pues, permitido defender algunos de los que Tolstoy ataca enérgicamente.

Le indigna, por ejemplo, que por la mañana haya quien tenga pan tierno, trajes acepillados, zapatos limpios, periódicos; en una palabra, que todas esas comodidades de la vida se las proporcionen al rico sus criados. Pero ¿es esto un mal?

Parece que Tolstoy no ha tenido en cuenta lo que se llama la *división del trabajo*, cuyo principio debe ser mirado como la base de nuestro estado social. Es cierto que no hemos llegado á la perfección. ¡Resultaría una sangrienta ironía afirmarlo! Pero se puede tomar esta división del trabajo como el punto de partida de nuestra organización social, del ideal á que poco á poco nos acercamos.

Supongamos una sociedad compuesta de personas que pertenecen á profesiones diversas, algunas de las cuales son profesiones de lujo: labradores, panaderos, mineros, peluqueros, planchadoras y médicos. El labrador sembrará y cultivará la tierra, el tahonero hará cocer el pan, el minero extraerá del subsuelo el carbón que calienta nuestras chimeneas y estufas.

Pero ¿por qué el labrador, el tahonero y el minero no han de tratar con un peluquero que les corte el pelo, demasiado largo, que les afeite la barba inculta, que les venda jabones y cosméticos, destinados á disimular el olor acre del cuerpo? ¿Por qué se han de privar de tal lujo, que sólo les costaría unas espigas de trigo, un pedazo de pan ó un trozo de carbón? ¿Por que si el labrador, el panadero, el minero y el peluquero quieren usar ropa blanca, no han de recurrir á la lavandera-planchadora? ¿Y por qué el médico no ha de emplear el trabajo de ese panadero, minero, peluquero y planchadora á cambio de los cuidados médicos que necesiten ellos y sus familias?

En vez de pagar este trabajo en especie, lo pagan unos y otros por medio de una suma de dinero que representa su equivalencia. Es un modo de cambio más cómodo que los demás.

Pero Tolstoy dice que no hay necesidad ni del peluquero ni de la planchadora, y que tal lujo es ciertamente inútil.

Pues bien, me parece que ahí está el nudo de la

cuestión. Se trata, en efecto, de saber si estas comodidades son un bien ó un mal.

Los progresos de la civilización han creado necesidades nuevas que engendran nuevas industrias, pero esas nuevas necesidades, en vez de parecerme reprobables, se me antojan provechosas (no hablamos, como debe comprenderse, del lujo desordenado). No quisiera ver disminuir el lujo moderado que se permiten muchas buenas gentes. Es muy agradable comer pan tierno por la mañana y ponerse una camisa limpia. ¿Por qué todos los obreros no han de disfrutar de ese lujo? ¿Es cosa imposible? Muchos obreros ingleses disfrutaban ya de un estado de lujo y comodidad muy satisfactorio. Su *home* (hogar) es sano, limpio y aseado; su ropa interior blanca, y su alimentación, si no suculenta, cuando menos abundante y sana. Gracias á la división del trabajo, el obrero minero puede permitirse el lujo de ir afeitado y de cambiar de camisa cuando sale de la mina. En suma, el peluquero y la planchadora trabajan por él, como él trabaja por ellos, y así cada cual, según su situación y sus fuerzas, ocupa un sitio en la sociedad.

Querer que todos sembremos nuestro trigo y lo convirtamos en pan, que extraigamos el carbón mineral, que nos cortemos el pelo, lavemos la ropa y cuidemos de nuestros hijos enfermos, vale tanto como decir que esas diferentes ocupaciones serán mal desempeñadas, ó por mejor decir, que no se cumplirán. Esto es ir contra la civilización, que consiste en dar al mayor número posible de hombres la mayor suma posible de lujo y comodidades positivas.

Supongamos una sociedad compuesta de hombres que tengan iguales derechos é idéntico patrimonio. Al cabo de poco tiempo, se las arreglarán de modo que cada cual desempeñe un solo cometido, tratando de gozar del mayor lujo posible. Habrá un peluquero, un cocinero, un cochero, labradores, marineros, pescadores, y todos conocerán su oficio, mucho mejor que si debieran ejercerlos todos á la vez. Esto puede verse en un regimiento, que constituye una sociedad muy igualitaria.

No se puede pretender que se trate de una es-

clavitud, porque todo hombre debe considerarse como obligado á trabajar. Desde tal punto de vista es verdaderamente esclavo; así lo quiere una ley natural, muy dura, pero ineludible.

El hombre debe trabajar para vivir; éste es un axioma fundamental de toda sociedad.

Hay algunos oficios que son más descansados que los otros; el labrador tiene poco trabajo en invierno, pero la labranza es muy pesada. La lavandera padece mucho en invierno; el cocinero ha de servir á los demás, cuando éstos ya descansan. Cuando llega la noche, el actor que durante el día no tiene trabajo, se vé obligado, durante toda la velada y una parte de noche, á hacer reír á la gente, que, habiendo trabajado hasta entonces, quieren descansar y divertirse. Cada cual tiene su parte de trabajo: es una esclavitud sin duda, pero, por lo menos, común á todos los hombres.

Verdad es que en la organización social moderna hay algunos individuos, verdaderos parásitos, que sin trabajar, disfrutan de todos los goces del lujo. Es una anomalía, ó si se quiere, una monstruosidad,

contra la cual los socialistas truenan; pero es evidente que en breve disminuirá este mal. Llegará sin duda un momento en que, por la restricción creciente de la renta y por el establecimiento de un impuesto progresivo sobre la herencia, estos parásitos no podrán existir, y así no habrá ya ni parásitos ni ociosos.

Pero la supresión de los parásitos no implica, afortunadamente, la supresión del lujo.

Si se trata de averiguar el sentido verdadero de esa palabra que se repite tan á menudo sin comprenderla, es decir, la palabra *civilización*, se ve que consiste en aumentar el lujo de todos.

Por ejemplo, es un lujo poder beber agua bien pura, bien límpida, privada de todo germen nocivo. Por diversos medios, he llegado á no beber en mi casa más que agua sana, intachable. ¿A cuenta de

qué he de beber agua estancada, so pretexto de que hay pobres diablos que beben agua infecta? No quiero yo defender tal cosa. Trataré, no de beber agua estancada, sino de hacer de manera que esos desgraciados puedan beber como yo agua perfectamente sana.

Si tengo camisa limpia y una cama cómoda, creed que no me pondré otra sucia, ni me acostaré en el suelo; me esforzaré en dar á todos mis conciudadanos ropa interior limpia y mullido lecho.

No hay que desear la disminución del lujo, sino su extensión. Es todo lo contrario de lo que Tolstoy dice.

El lujo es un progreso, el lujo es un beneficio. No es malo hasta que se exagera ridículamente, ó si toca en suerte á gentes que no lo merecen, porque no han trabajado por sí mismos para comprenderlo.

Tolstoy dice en alguna parte que es un lujo llevar anteojos. Pero si la vista es defectuosa, ¿no es un progreso saber corregir por medio de cristales los defectos de la visión? Los ópticos que construyen lentes son obreros de lujo, porque es posible vivir sin lentes, aun cuando se sea muy míope ó muy présbita. Pero aun cuando un míope puede vivir sin lentes, es mejor para él y para los demás que los use. Esto no daña á nadie; y el verdadero progreso me parece que consiste en fabricar, como hoy se hace, lentes baratos, de modo que todos los que tienen la vista defectuosa puedan corregirla comprando buenos anteojos.

El reloj era en otro tiempo un objeto de lujo. Gracias á los progresos de la fabricación, es ahora un objeto usual que cuesta muy poco. Hace cincuenta años se daba un reloj como regalo de boda; era un gran lujo, permitido sólo á los privilegiados, mientras hoy no hay obrero que no lo tenga, pues basta economizar seis ú ocho francos para comprar uno. Hace algunos días vi á un muchacho, obrero de catorce años, del puerto de Tolón, que andaba descalzo por el polvo, no teniendo por todo traje

más que una camisa y un pantalón agujereado. Sin embargo, tenía reloj. Y este objeto, que años atrás era de gran lujo, necesitábalo más que una chaqueta ó unos zapatos; pues la benignidad del clima permite vivir, por lo menos en verano, casi sin vestidos.

Día vendrá en que todos los objetos que nos parecen hoy de lujo, serán, á causa del progreso general de la civilización, objetos de primera necesidad. Hace un par de siglos que no se conocía el uso de los platos, de los tenedores, de las cucharas. ¿Cuál es hoy por hoy el matrimonio más pobre que no tenga platos, ni cucharas, ni tenedores?

Hasta el lujo de las flores es permitido á muchos. He visto muchas familias de obreros ó de campesinos que dentro de una jarra de loza tenían un ramo de flores silvestres.

En el fondo, el bienestar—el lujo no es más que el bienestar desarrollado—es una cosa buena, excelente. Volver al estado natural, alimentarse de hierbas y raíces, dejar que se nos coma la miseria, vivir sin cultivar ningún arte ni ninguna ciencia, sin los encantos de un mobiliario cómodo, sin los instru-

mentos perfeccionados que la industria nos proporciona con tanta baratura, sería gran desdicha.

Pero no hay que temerla, porque nuestro estado social toma una dirección contraria.

Nuestro ideal mira hacia adelante, no hacia atrás. Queremos dar á todos los hombres el lujo y el bienestar que nuestra civilización refinada ha sabido dar á algunos.

No se trata de suprimir ni nuestro bienestar ni nuestro lujo.

III

Si pasamos á la segunda parte del trabajo de Tolstoy, especialmente el relativo á nuestra alimentación, vemos que el gran psicólogo ruso examina las costumbres de las clases sociales elevadas, desde dos distintos puntos de vista.

Parécele que nuestra alimentación nos preocupa demasiado, y que es harto abundante.

Es evidente que, psicológica y fisiológicamente, tiene razón.

Que hablamos demasiado á menudo de las comidas que hemos hecho y de las que pensamos hacer, es indudable. Pero, aun cuando esto resulte tonto, no veo que sea un gran crimen. Es una falta de buen gusto, una falta de tono, una ausencia de elevación intelectual que no puedo aprobar, y que nadie aprobará seguramente. Es ridículo hablar de las comidas que se esperan y de los platos que uno tiene á la vista. A lo sumo, puede uno preferir, *in petto*, un buen plato á otro malo, porque uno y otro cuestan lo mismo, y nada ganan los miserables con que yo coma una sopa muy salada ó un rosbif mal asado. Sin embargo, es una falta de buena educación insistir en detalles culinarios y preocuparse por ellos. Esto es una proposición tan sencilla, que resulta superfluo discutirla.

Sin embargo, no hay que ser harto exclusivo ni muy severo en su juicio. Si sólo examinamos la moral natural, veremos que los animales, de cualquier especie que sean, tienen una preocupación fundamental, á la cual subordinan todas las demás: la de

la comida. Bajo este aspecto, el hombre es un verdadero animal, y no puede obrar de distinto modo, porque está sometido á las mismas leyes fisiológicas de todos los animales de la creación. Basta consultar los relatos militares auténticos escritos día por día en las mesas del vivac, y se verá qué importancia tan preponderante, casi exclusiva, tiene la preocupación de la comida ó del almuerzo.

Para todos esos hombres, ya escriban en inglés, en francés ó en alemán, tal preocupación es avasalladora. Recuerdan las ciudades en que han estado, las campañas en que tomaron parte, no según las victorias ó las derrotas, no por los peligros corridos y victoriosamente esquivados, sino por los banquetes, por las comilonas hechas.

Después de todo, ¿quién se atrevería á decir que tal preocupación les impedía portarse como héroes? Los mismos dioses de Homero se regocijaban ante los enormes trozos de venado que se les servía, y el Walhalla no es más que un paraíso donde se come todo lo que se quiere.

No importa; indudablemente se gana en moralidad personal cuando se siente cierto desprecio por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

205 MONTENEGRO, MEXICO

los manjares, y es prueba no de un alma vil, sino de un espíritu estrecho, interesarse por los guisos que hemos de comer. El ideal de los animales no puede serlo del hombre, y debemos desear un fin más alto que la masticación de un guiso más ó menos succulento.

Sin embargo, cuando después de un día de trabajo el padre de familia se reúne con los suyos, ó dos amigos, que hace mucho tiempo no se han visto, se reúnen para charlar un rato, una buena comida no me parece criminal.

Descanso y comida hacen buena liga. Admiro el ascetismo y la frugalidad de ciertos místicos y anacoretas, pero no he de juzgar severamente al labriego que se alegra porque los domingos puede hacer caldo de gallina, débil y merecida recompensa de un trabajo abrumador. Los hombres no son ángeles, y si se les quita la esperanza de que una buena comida ha de seguir á la labor diaria, es muy probable que esa labor no se haga con gran esmero.

Llegamos ahora á la segunda parte de la argumentación de Tolstoy: «Todos, dice, comemos demasiado»; y francamente, sin restricción ninguna, tiene razón.

Comemos más de lo necesario. Basta, para convencernos de ello, reemplazar la buena comida que acostumbramos hacer por otra mala. En ambos casos no comeremos igual cantidad de alimentos. Si nos dan á comer pan blanco, tierno, succulento, tan delicado como un bollo, no consumiremos igual cantidad que si nos dan pan duro y moreno. Tampoco hay que negar que de los dos ó tres platos (ó cuatro, ó cinco, ó hasta seis) que se nos sirven en la mesa, hay únicamente uno ó dos que sean necesarios. Una vez que hemos comido el segundo plato, y sobre todo el tercero, sólo comemos para satisfacer nuestra gula.

La verdad es que hay como una conspiración universal que nos impulsa á tal abuso. Probad á decir

que un plato basta para satisfacer nuestro apetito, y veréis como todos se indignan y os tratan de loco y visionario. Todos se sentirán amenazados en su glotonería, y lloverán las burlas sobre el atrevido que no quiere comer cuando ya ha satisfecho el hambre que tenía, aunque le presenten un rico manjar.

Si comparamos la cantidad de alimentos que basta á un labriego y la que es necesaria á un rico, se puede creer que estos dos hombres pertenecen á distintas especies. Un pescador se contenta con un trozo de pan y otro de queso, y el *turista* que acompaña al pescador se lleva consigo toda una batería de cocina, no porque la necesidad fisiológica sea mayor en él que en el pescador, sino porque tiene la costumbre de comer con exceso y no levantarse de la mesa cuando ya no puede comer más.

El árabe que acompaña al viajero en una excursión por el desierto, se contenta con una ración de pan duro y algunos dátiles, y considera con cierto desprecio las cestas de provisiones, las latas de conservas y otros innumerables ingredientes que el via-

jero se cree obligado á llevar consigo, so pena de morir de hambre.

Tal exceso de alimentación es absurdo, y mirando por nuestra salud y vigor físico, debemos procurar corregir nuestras costumbres.

Después de una comida harto copiosa, es imposible trabajar. Las dilataciones de estómago, las enfermedades del hígado, la gota, la diabetes, la obesidad y otras muchas enfermedades son consecuencia inmediata de la gula.

Los fisiólogos han medido exactamente la cantidad de alimentos necesaria para un hombre; dicen que, cada veinte horas, 500 gramos de pan, 125 de carne, 300 de patatas y 50 de manteca y queso bastan para un adulto. Es evidentemente una alimentación substanciosa y que podría bastarnos á todos. Sin embargo, todos rebasamos á diario este límite, con gran detrimento de nuestra salud.

Podemos asegurar que comemos *tres veces más* de lo necesario. Estoy casi seguro de no ser escuchado, pero ruego á mis lectores que hagan por sí mismos este pequeño experimento: que supriman uno de los platos de su almuerzo, y otro de la comida, que

se acostumbren y acostumbren á los suyos á tal supresión y bien pronto advertirán los beneficios de este nuevo régimen. Ya no habrá más digestiones laboriosas ni el mal humor que acarrear. A la hora de cada comida, un vivo apetito hará que se hallen exquisitos todos los guisos que se presenten.

Deberíamos tomar por modelo á los campesinos, pescadores y obreros, que comen poco, no por sobriedad ciertamente, sino por economía.

Al cabo de algunas semanas de este régimen saludable y fortificante, nos habríamos convencido de que nuestro modo de vivir es absurdo y que todos pecamos por gula comiendo tres veces más de lo necesario.

IV

Queda por saber, si como quiere Tolstoy, la alimentación vegetal es preferible á la animal.

Miremos primero lo que se podríamos llamar as-

pecto *sentimental* del asunto. Nada más asqueroso que un matadero. Matar á un sér joven, valiente, lleno de vida, ya sea una liebre, ya un pollo, ya un carnero, ó un buey, es una acción cruel é inhumana, y el cuadro sombrío que traza Tolstoi de la muerte del toro, queda muy por bajo de la realidad, por viva que sea la pintura.

Pero dejemos el elemento dramático, y veamos lo que en el fondo debe ser la cuestión sentimental, es decir, el dolor del animal degollado.

Es indudable que este dolor queda reducido á su más mínima expresión. El toro tenía que morir un día ú otro; no era eterno; y si se le hubiera dejado vivir, hubiera acabado por sucumbir de vejez ó de enfermedad, pero ¡después de qué larga agonía! La naturaleza, cuando hace morir á uno de sus hijos, no le ahorra ningún padecimiento. No siente piedad y prolonga la agonía durante horas, y á veces días enteros, haciendo preceder este fin de una larga y penosa enfermedad.

Aunque desagradable, esa muerte rápida, violenta, que hace que en unos segundos desaparezca la conciencia, es una ventaja, y yo que, como la ma-

yoría de los hombres, tendré que esperar una muerte lenta y penosa, envidiaré en mi lecho de dolor ese fin rápido que aniquila al sér en plena fuerza y destruye su conciencia por un golpe súbito, en vez de llegar al aniquilamiento final, después de una serie de dolores progresivos.

Resulta humano para los animales matarles aprisa y bien. Si en algo peca de cruel el hombre, es en la caza, porque muchos animales heridos no caen en manos del cazador y van á morir en lo profundo del bosque ó en la quiebra de una roca, después de largas horas de espanto y padecimiento. Pero, en el matadero, la muerte es rápida y hasta dulce, si se quiere.

Así, no puede decirse que seamos crueles con los animales, sacrificándolos para nuestra alimentación.

Falta saber si la alimentación animal es necesaria. Respecto de esto, Tolstoi tiene razón que le so-

bra. No, mil veces no; tal alimentación no es necesaria. Lo prueban todos los hechos y es el A B C de la fisiología. Los herbívoros son seres como nosotros, sometidos á iguales leyes fisiológicas de nutrición, calor y respiración, y no sé de ninguno de ellos que haya muerto de hambre, por no haber comido carne.

Hasta se puede decir que, para el hombre, la alimentación animal es una excepción. Los indios, los árabes, los chinos, los campesinos de muchas regiones de Europa, se contentan con arroz, dátiles, legumbres, harinas y frutos. Si á estos alimentos añaden leche, huevos, manteca y queso, tienen entonces una alimentación perfectamente nutritiva. Químicos y fisiólogos están de acuerdo en decir que en el pan, en los guisantes y en las habichuelas, hay bastante ázoe para la nutrición. El queso es de todas las substancias alimenticias la que en menor volumen contiene más nitrógeno.

Durante los primeros años de la vida, los mamíferos sólo se alimentan de leche, y durante un año ó dos, no sólo les basta tal alimentación, sino que toda otra les resultaría funesta.

Queda, pues, definitivamente juzgado el problema. Se puede vivir, y vivir sin comer carne.

Pero esta proposición, por muy absoluta que sea, no quiere decir que deba abandonarse la alimentación animal.

Efectivamente, el hombre puede sacar alguna ventaja de comer carne, aun cuando la carne no le sea indispensable. Tal es la opinión adoptada por la mayoría de los fisiólogos.

La leche y el queso, junto con las harinas, frutos y legumbres, bastan para conservar la vida. Pero tal alimentación tiene el inconveniente de necesitar una gran masa alimenticia, y por consiguiente, un trabajo digestivo más laborioso que si se le añade una pequeña cantidad de carne.

Cien gramos de pan contienen cerca de un gramo de azoe, mientras que ciento de carne contienen tres. Por consiguiente, fijándose en la alimentación azoada, será preciso ingerir tres veces más de pan que de carne. Si elimináramos la carne de nuestra alimentación, la ración de pan subiría desde 500 á 1000 gramos. Cierto que la digestión de ese kilogramo de pan acabaría por hacerse, pero exigiría un

trabajo suplementario de fuerzas digestivas, trabajo lento y penoso, que se reemplaza ventajosamente con la substitución de 150 grâmos de carne.

La parcial substitución del pan por la carne tiene también algunas ventajas, mirándola bajo otro aspecto.

Los vegetarianos tratan de disminuir los padecimientos de los animales... Muy bien; pero habría que pensar también en el hombre. Demostrado está que la labranza, la siembra, la cosecha, la molienda del trigo, exigen tantos esfuerzos como la cebadura de los animales.

Un buey produce cerca de 125 kilogramos de buena carne. ¿Acaso, para conseguir que un buey tenga su peso normal, el trabajo que esto exige no es menor que para producir 500 gramos de harina? Hay que fijarse en ello. Ya que ante todo se trata de economizar trabajo y fatiga al hombre, más vale que produzca 1500 kilogramos y un buey, que 2000 kilogramos de harina.

En suma, es absurdo pretender que el hombre necesita carne para alimentarse; pero querer suprimir la carne de nuestra alimentación es caer en

otro exceso. Un poco de carne, ya sea de pescado, ya de buey ó carnero, ahorrará mucho pan y legumbres, y beneficiará nuestra salud.

V

Después de haber combatido algunas de las proposiciones del ilustre psicólogo ruso, ¿podemos decir que no está en lo cierto? No; hay en su obra algunas indicaciones generales que debemos anotar con gran cuidado.

Una de ellas es que el lujo exagerado resulta culpable y absurdo, y que aquellos que viven cómodamente deben pensar de continuo en los que viven en la miseria.

Nuestro ideal debe ser, no aumentar nuestro lujo, sino proporcionar un poco de lujo á quienes tienen apenas lo estrictamente necesario; y para conseguirlo, verificar sobre sí mismo un esfuerzo moral;

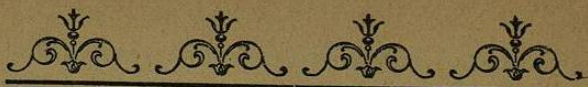
disminuir, por ejemplo, nuestra alimentación harto abundante, lo cual producirá en seguida un mejoramiento en nuestra salud, y aumentará nuestro vigor físico é intelectual.

¡Ojalá que Tolstoy no haya predicado en desierto! ¡Pueda su voz generosa haber disminuído el egoísmo y la brutalidad, azotes del hombre, obstáculos para todo progreso!

CARLOS RICHEL.



LOS COMEDORES DE CARNE



LOS COMEDORES DE CARNE

I

En todos los actos de su vida debe el hombre emplear cierto método, sin el cual, los fines que persigue no pueden ser alcanzados. Así debe hacerse, ya se trate de cosas materiales ó espirituales. Tan imposible será al panadero hacer pan si no amasó la harina y calentó el horno, como no podrá el hombre que aspire á una vida moral realizar su sueño, si no ha conseguido previamente adquirir aquellas diversas cualidades cuyo conjunto hace que se diga del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTENREY, MEXICO

34912

que las posee: «Es un hombre de una vida moral intachable». Será preciso además que, para adquirir estas cualidades, siga una marcha lógica y ordenada; que empiece por las virtudes fundamentales, y que suba uno tras otro los escalones que han de llevarle al fin que anhela.

En todas las doctrinas morales, existe una escala, que, como dice la sabiduría china, va de la tierra al cielo y cuya ascensión no puede realizarse de otro modo que empezando por el primer escalón. Prescriben la misma regla los bramines, los budhistas y los partidarios de Confucio; háliase también en las doctrinas de los sabios de Grecia.

Todos los moralistas, así los deistas como los materialistas, reconocen la necesidad de una sucesión definitiva y metódica en la asimilación de las virtudes, sin las cuales no hay vida moral posible. Esta necesidad se desprende de la misma esencia de las cosas, y parece, por lo tanto, que todos debieran aceptarla. Pero ¡cosa extraña! desde que el cristianismo se ha convertido en sinónimo de Iglesia, la conciencia de esta necesidad tiende á borrarse y sólo la conservan los ascetas y los frailes.

Entre los cristianos laicos, se admite que un hombre pueda poseer virtudes superiores sin haber empezado por adquirir aquellas que, normalmente, debieran haber hecho conquistar las primeras: algunos van más lejos aun, y pretenden que la existencia de vicios perfectamente determinados de un individuo, no le impiden poseer al propio tiempo muy altas virtudes.

Ha resultado de esto que hoy, entre los laicos, la noción de la vida moral está, si no perdida, muy embrollada por lo menos.

II

Esto ha ocurrido, á juicio mío, del siguiente modo:

El cristianismo, reemplazando al paganismo, sentó en principio una moral más exigente; pero esta moral, como la del paganismo, solo podía conse-

guirse después de haber recorrido todos los grados de la escala de las virtudes.

Según Platón, la abstinencia era la primera cualidad que importaba adquirir. Venían después el valor, la sabiduría y la justicia, la cual, según su doctrina, era la más alta virtud que puede un hombre poseer. La doctrina de Jesucristo enseñaba otra progresión: el sacrificio, la fidelidad á la voluntad divina, y, por encima de todo, el amor.

Los hombres que se han convertido seriamente al cristianismo, y que han tratado de llevar una vida moral cristiana, empezaron sin embargo por adoptar el primer principio de la doctrina pagana, absteniéndose de lo superfluo.

No se crea que el cristianismo se apropiaba en tal caso lo que el paganismo había predicado antes que él. No se me diga que rebajo el cristianismo, equiparando su alta doctrina al bajo nivel de la pagana. Sería injusto; reconozco que la doctrina cristiana es la más alta que existe y no la comparo al paganismo.

Precisamente porque la doctrina cristiana es superior á la de los paganos la suplantó; pero no por

ello hay que dejar de reconocer que una y otra encaminan al hombre hacia la verdad y el bien, y como ambas cosas son inmutables en el fondo, el camino que á ellas conduce debe ser único. He aquí por qué los *primeros pasos* que se dan en tal camino deben ser forzosamente iguales, ya se trate de cristianos ó de paganos. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre ambas doctrinas? Es que, al revés de la doctrina pagana, que por su misma naturaleza es limitada, la cristiana tiene una tendencia continua hacia la perfección.

Platón, por ejemplo, estableció como modelo de perfección la justicia; y Jesucristo escogió la perfección indefinida: el amor. «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial».

Según el paganismo, antes de conseguirse la virtud más alta, los grados intermedios que se alcanzan tienen una importancia relativa: cuanto más altos son, mayor suma de virtud precisan. Resulta de ello que, desde el punto de vista pagano, se puede ser más ó menos virtuoso ó más ó menos vicioso.

Según la doctrina cristiana, se es ó nó virtuoso.

so. Se puede ser virtuoso con más ó menos rapidez, pero á nadie se reputa como tal hasta que ha cumplido sucesivamente todos los requisitos necesarios para ello.

Voy á explicarme. Para los paganos, el hombre prudente es virtuoso; pero aquel que á la prudencia añade el valor, lo es más que el otro, y si á estas dos cualidades se añade el sentimiento de la justicia, se alcanza la perfección. El cristiano, por el contrario, no puede ser superior ni inferior á otro moralmente, pero es tanto más cristiano, cuanto más rápidamente anda por el camino de la perfección, sea cual fuere el grado en que se halle en un momento dado; de modo que la virtud estacionaria de un fariseo es menos cristiana que la del ladrón, cuya alma se halla en pleno movimiento hacia el ideal y que se arrepiente en la cruz.

Tal es la diferencia entre ambas doctrinas. El paganismo considera la abstinencia como una virtud, cuando el cristianismo no la admite más que como un medio de encaminarse hacia el sacrificio, condición primera de una vida moral.

Sin embargo, no todos los hombres consideran la

doctrina de Jesucristo como una tendencia continua hacia la perfección; la mayoría la ha comprendido como una doctrina redentora: la redención del pecado por la gracia divina, transmitida por la Iglesia, entre católicos y ortodoxos, y la creencia en la redención entre los protestantes y calvinistas. Esta doctrina ha hecho desaparecer la sinceridad y la seriedad de la actitud de los hombres respecto de la moral cristiana. Los representantes de estos organismos podrán predicar hasta la saciedad que tales medios de salvación no impiden al hombre aspirar á una vida moral, sino que, por el contrario, á ello le inducen; pero ciertas situaciones engendran por sí mismas ciertas conclusiones, y ningún argumento podrá impedir que los hombres las acepten.

He aquí por que el hombre que esté imbuído en esta creencia de redención, no tendrá energía suficiente para asegurar su salvación por medio de sus propios esfuerzos: hallará mucho más sencillo aceptar el dogma que se le ha enseñado, y esperar que la gracia divina le perdone las faltas que haya podido cometer.

Esto es lo que ha ocurrido á la mayoría de los adeptos del cristianismo.

III

Tal es la causa principal de la relajación de las costumbres. ¿Para qué conformarse con ciertos hábitos? ¿Para qué privarse de tal ó cual cosa, ya que el resultado ha de ser el mismo? ¿Para qué dejar costumbres agradables, ya que la recompensa ha de venir de todos modos?

Recientemente ha publicado el Papa una encíclica sobre el socialismo. En este documento, el jefe de la Iglesia, después de una pretendida refutación de la doctrina socialista sobre la ilegitimidad de la propiedad, dice expresamente que «nadie tiene la obligación de socorrer al prójimo si no tiene más que lo necesario para sí ó su familia, ó, si para hacerlo, ha de disminuir en algo aquello que exigen las conveniencias mundanas. Nadie, en efecto, debe

vivir prescindiendo de tales conveniencias». (Esto está tomado de Santo Tomás: *Nullus enim inconveniēter debet vivere.*) «Pero, después de haber satisfecho las necesidades y las conveniencias exteriores, —dice al fin la encíclica,—deber es de todos dar lo superfluo á los pobres».

Así predica el jefe de la iglesia más extendida hoy día; así predicaban los Padres de la Iglesia, que creían insuficiente la salvación por medio de la acción.

Junto á la predicación de esta doctrina egoísta, que prescribe dar al prójimo aquello que no le es á uno necesario, se predica el amor á ese mismo prójimo, y siempre se cita con énfasis las célebres palabras pronunciadas por Pablo en el capítulo XIII de su primera Epístola á los corintios.

Aun cuando la doctrina evangélica esté llena de llamamientos á la abnegación, y afirme que esta virtud es la primera de las condiciones para alcanzar la perfección cristiana; aun cuando se diga que «quien no lleve su cruz, quien no reniegue de su padre y su madre, quien no arriesgue su vida...»

estos hombres persuaden á los demás de que no es necesario, para amar al prójimo, sacrificar aquello á que se está acostumbrado, y que basta dar lo que se juzgue conveniente.

Así hablan los Padres de la Iglesia, y por lo tanto, aquellos que rechazan la doctrina de la Iglesia (en todo lo que se refiere á manifestaciones exteriores del culto) piensan, hablan y escriben de igual manera que los librepensadores. Estos hombres creen y hacen creer á los otros que, sin necesidad de refrenar sus pasiones, se puede servir á la humanidad y llevar una conducta moral.

Los hombres, después de rechazar las prácticas paganas, no han sabido asimilarse la verdadera doctrina cristiana; no han admitido la marcha progresiva en el camino de la virtud, y han permanecido estacionarios.

IV

En otro tiempo, antes de la aparición del cristianismo, todos los grandes filósofos, empezando por

Sócrates, creyeron que la primera de las virtudes que debían adquirirse era la abstinencia, y que querer adquirir otra sin poseer ésta, era imposible.

Es evidente, en efecto, que el hombre que no sabe contenerse es fácil presa para todos los vicios, y no puede llevar una vida moral. Antes de pensar en la generosidad, en el amor, en el desinterés, en la justicia, es necesario que el hombre aprenda á dominarse y que sea bastante fuerte para vencer sus apetitos.

Tal como hoy se mira, todo esto es inútil; tenemos la convicción de que el hombre puede llevar una existencia completamente moral, y, sin embargo, dejarse arrastrar por su pasión por el lujo y los placeres.

Parece que, sea cual fuere el punto de vista—utilitario, pagano ó cristiano—en que uno se coloca, el hombre que explota por su propio gusto el trabajo, y á menudo el trabajo más penoso de los demás, obra mal, y que ésta es la primera costumbre que debe rechazar, si aspira á llevar la existencia propia de un hombre honrado.

Desde el punto de vista utilitario, es una mala

acción, pues, obligando á los demás á trabajar para él, se halla siempre el hombre en una situación deplorable: se acostumbra á satisfacer sus pasiones, y se convierte en su esclavo, ya que las gentes que trabajan para él lo hacen con celos y descontento, y sólo esperan una ocasión favorable para librarse de esa necesidad.

Por consiguiente, el hombre se encuentra siempre expuesto á quedarse con costumbres inveteradas, que en un momento dado quizás no pueda satisfacer.

Desde el punto de vista de la justicia, es también una mala acción, porque está mal aprovechar para su placer el trabajo de individuos que, por esta sola condición, no pueden permitirse la centésima parte de los goces que contribuyen á procurar al que les emplea.

Desde el punto de vista del amor cristiano, parece superfluo demostrar que el hombre que realmente ama á su prójimo, lejos de servirse del ajeno trabajo, debe dar, por el contrario, una parte de su actividad para contribuir al bienestar de los demás.

Estas exigencias del interés, de la justicia y del

amor, las desdeña por completo nuestra sociedad. Según la doctrina dominante hoy día, el aumento de los beneficios se considera como cosa deseable, como un indicio de desarrollo intelectual, de civilización y de perfección.

Los hombres que se llaman instruídos estiman que estas costumbres de lujo, que esta tendencia á la afeminación son indicio cierto de una superioridad moral que confina con la virtud. Cuantas más necesidades tienen, más refinados son y más valen.

La poesía descriptiva y las novelas del último y penúltimo siglo, corroboran lo que decimos. ¿Cómo se pinta á los héroes y heroínas que representan el ideal de la virtud? En la mayoría de los casos, los hombres que deben representar algo noble y elevado, desde Childe-Harold hasta los últimos héroes de Félier, Trolop y Maupassant, son parásitos que devoran con su lujo el trabajo de millares de hombres, mientras que ninguno de ellos es útil para nada ni á nadie.

En cuanto á las heroínas, no son más que cortesanas que proporcionan más ó menos placer á los

hombres, y que derrochan el trabajo ajeno en provecho de su lujo.

Recuerdo que, cuando escribía novelas, se me ofrecía una dificultad casi insuperable; contra ella luché y luchan aún hoy cuantos novelistas tienen conciencia de lo que es la belleza moral verdadera; esta dificultad consiste en descubrir el tipo del hombre del gran mundo idealmente bueno y bello, y al propio tiempo conforme á la realidad.

La descripción del hombre y de la mujer del gran mundo no será verdadera sino cuando el personaje se presente en el medio ambiente que le es propio, es decir, en el lujo y la ociosidad.

Desde el punto de vista moral, ese personaje resulta poco simpático, pero hay que presentarle de modo que lo sea. Esto es lo que los novelistas tratan de hacer, como yo traté de hacerlo igualmente. ¿Para qué tanto trabajo? Los lectores habituales de esas novelas, ¿no tienen casi siempre un nivel moral parecido al del héroe que se les describe? ¿No tienen también las mismas inclinaciones é iguales costumbres? ¿Para qué entonces tantos cuidados para hacerles simpáticos los Childe-Harold, los Onegui-

ne, los de Camors, puesto que ya se hallan inclinados á considerarlos como perfectos?

V

Prueba irrefutable de que los hombres de hoy día no consideran la abstinencia pagana y la abnegación cristiana como cualidades deseables y buenas, es la educación que se da á los niños: en vez de procurar hacerles fuertes y valerosos, se les afemina y se les acostumbra á la ociosidad.

Hace mucho tiempo que pensé escribir el cuento siguiente:

Una mujer, ofendida por otra y deseando vengarse de ella, le roba su único hijo. Va á casa de un hechicero y le pregunta cómo podrá vengarse más cruelmente de su enemiga por medio de su hijo. El hechicero le aconseja que lleve al niño á un punto que le indica y le promete una terrible venganza. La mala mujer sigue el consejo, pero no pierde de

vista al niño; después, con gran sorpresa, advierte que ha sido recogido por un hombre sin herederos. Vuelve á casa del hechicero y le abrumba á reproches; él le contesta que no ha llegado aún la hora, y que hay que esperar. Sin embargo, el niño crece entre el lujo y la abundancia; la mala mujer está estupefacta, pero el hechicero le aconseja que espere. En efecto, llega un momento en que su venganza resulta tan terrible, que la mala mujer acaba por compadecer á su víctima. El niño, que ha crecido entre riquezas, se arruina, y entonces empieza para él una serie de privaciones y de padecimientos físicos contra los que no puede luchar, y que ha de soportar con indecible pena. Por una parte, nobles aspiraciones le impulsan á llevar una vida regular, y por otra, siente la impotencia de su carne debilitada por el lujo y la ociosidad.

Es una lucha sin esperanza, una caída continua, cada día más profunda; luego la borrachera como medio de olvido, y por fin, el crimen, la locura ó el suicidio.

En verdad que la educación de algunos niños de nuestra época inspira terror. Tan sólo los más im-

placables enemigos de esos niños podrían tomarse tanto trabajo, para inculcarles la imbecilidad y los vicios que deben á sus padres, y muy especialmente á sus madres; y aumenta el horror, cuando vemos los resultados que esta educación produce y los estragos que hace en el alma de los niños, tan cuidadosamente corrompida por sus padres. Se les inculca costumbres afeminadas; no se les enseña á dominar sus inclinaciones. Sucede entonces que el hombre, lejos de sentirse atraído por el trabajo y de sentir amor por su obra, teniendo conciencia de lo que ha hecho, se acostumbra por el contrario á la ociosidad, al desprecio de todo trabajo productivo y al derroche.

Pierde la noción de la primera virtud que debe adquirirse antes que otra: la prudencia; y entra en la existencia donde se predica y parecen apreciarse las altas virtudes de la justicia, del amor y de la caridad. Dichoso aún si es mozo de una naturaleza débil moralmente, si no sabe discernir la moralidad en las apariencias de la moralidad, si puede contentarse con la mentira, que es ley de la sociedad entera. Si así sucede, todo marcha bien, y el

hombre que tiene el sentido moral adormecido, puede vivir dichoso hasta su último día.

Pero no siempre ocurre así, sobre todo en estos últimos tiempos, cuando la conciencia de la inmoralidad de tal existencia vibra en el aire, é hierde á pesar de todo en el corazón. Sucede que, cada vez más á menudo, aparecen los principios de la verdadera moral, y empieza entonces una penosa lucha interior, un padecimiento que rara vez acaba con ventaja para la moral.

Comprende el hombre que su vida es mala, que debiera cambiarla de todo en todo, y trata de hacerlo; pero entonces los que han soportado ya igual lucha, sucumbiendo en ella, se lanzan desde todas partes sobre el que trata de cambiar su existencia y se esfuerzan en persuadirle de la inutilidad de su brega, procuran probarle que la continencia y la abnegación no son necesarias para ser bueno, y que puede ser un hombre útil y recto, á pesar de entregarse á la gula, al lujo, á la ociosidad y hasta á la lujuria. Esta lucha tiene, por regla general, un fin lamentable, ya sea que el hombre se someta á la opinión general, y cese de escuchar la voz de su con-

ciencia y recurra á subterfugios para justificarse, ya luche, sufra, enloquezca ó se suicide. Es raro que, entre todas las tentaciones que le rodean, un hombre de nuestra sociedad comprenda que existe y que ha existido durante millares de años una verdad primitiva para todos los hombres prudentes; que, para llegar á una existencia moral, es preciso, ante todo, dejar de tener mala conducta, y que, para alcanzar una alta virtud, es necesario adquirir la de la abstinencia y de la posesión de sí mismo, como pensaban los paganos, ó la virtud de la abnegación, como prescribe el cristianismo.

VI

Acabo de leer las cartas de nuestro muy erudito señor Ogarev, el desterrado, á otro erudito, el señor Herzen. En ellas, el señor Ogarev expresa sus pensamientos íntimos, sus tendencias más elevadas, y en seguida se advierte que finge algo. Habla de la

perfección, de la santa amistad, del amor, del culto de la ciencia, de la humanidad... Y poco después, en igual tono, escribe que á veces irrita á un amigo suyo en cuya casa vive, porque «vuelvo á veces embriagado ó porque paso largas horas con un sér caído, pero encantador»...

Simpático, de gran talento, de grande erudición, este buen señor no imagina que comete una falta,—estando casado y esperando á cada instante el parto de su mujer,—por el simple hecho de emborracharse y de pasar el tiempo en compañía de una mujerzuela. No le ha pasado siquiera por el magín que mientras no haya empezado á luchar y dominado en parte, cuando menos, sus tendencias á la embriaguez y á la lujuria, no tendrá derecho á pensar en la amistad, en el amor, ni mucho menos en un culto cualquiera.

No sólo no lucha contra tales vicios, sino que se le antojan encantadores y no le impiden, ni mucho menos, su tendencia hacia la perfección; y lejos de ocultarlos á su amigo, ante quien desea aparecer bajo su mejor aspecto, hace gala de ellos.

Así se obraba hace cincuenta años. He conocido

aún á esos hombres, he conocido á Ogarev y á Herzen y á muchos que se les parecían, educados todos de igual modo. En todos ellos se notaba una ausencia absoluta de método y de perseverancia; mostraban un deseo ardiente de perfección, y en cambio se entregaban al libertinaje más desenfrenado. Creían, sin embargo, que esto no les impedía llevar una existencia moral, y que podían realizar, á pesar de todo, acciones buenas y hasta grandes.

Ponían en un horno frío harina sin amasar, y creían que el pan se cocería. Y cuando en sus últimos días advirtieron que el pan no cocía, es decir, que su existencia no tenía ningún resultado útil, les pareció aquello el golpe terrible del destino.

Tal destino es terrible, en efecto. Esta situación trágica de los Herzen, Ogarev y otros hiere aún hoy día á gran número de hombres, que se creen instruidos y que han conservado iguales opiniones. El hombre tiende á tener buenas costumbres; pero la regularidad necesaria para ello no existe en la sociedad actual. Como los Ogarev y Herzen, de hace cincuenta años, la mayoría de los hombres actuales creen que una vida afeminada, una alimenta-

ción abundante, los placeres y la lujuria no impiden llevar una existencia moral. Pero es probable que no consigan su objeto, ya que se sienten á lo mejor pesimistas y dicen: «Es una situación trágica la del hombre».

Lo sorprendente es que estos hombres sepan que que la distribución de los placeres entre los hombres es desigual, que consideren esta desigualdad como un mal, que quieran remediarlo, y que, sin embargo, no cesen de tender al aumento de esos placeres.

Obrando así, estos hombres se parecen á gentes que, entrando en un huerto, se apresuran á coger toda la fruta que está al alcance de su mano, á pesar de que desean establecer un reparto más equitativo de ella, y que, sin embargo, continúan apoderándose de cuanto pueden.

VII

El error de que hablamos es tan incomprensible, que estoy cierto de que las generaciones venideras

no comprenderán lo que los hombres de nuestra época entendían por «vida moral», al afirmar que el glotón, el degenerado, el libertino, el ocioso de las clases ricas llevaban una vida moral.

En efecto, bastaría abandonar la manera habitual de considerar la vida que llevan las clases ricas, y mirarla, no ya desde el punto de vista cristiano, sino pagano, ó desde el punto de vista de la justicia más elemental, para convencerse de que ante esta violación de las leyes más sencillas y primitivas de la justicia, leyes que los mismos niños no se atreverían á violar en sus juegos, y entre las cuales vivimos, no puede pensarse en una existencia moral. ¡Cuántas veces nos servimos, para justificar nuestra mala conducta, de la afirmación que quiere que un acto contrapuesto á las costumbres de la vida habitual no resulta natural, sino que indica el deseo de exhibirse y es por lo tanto una mala acción! Esta argumentación parece inventada para que los hombres no abandonen jamás su mala conducta. Si nuestra vida fuese siempre justa, toda acción conforme á tal vida sería forzosamente justa, y si nuestra vida no es sino medianamente buena, hay otras tan-

tas probabilidades para que toda acción que no está conforme con el parecer general sea buena ó mala; si en fin nuestra vida es mala, como la de las clases directoras, es imposible hacer una buena acción sin comprometer la marcha regular de nuestra vida.

La moralidad de ésta, según la doctrina pagana y hasta la cristiana, no puede definirse más que por la relación, en el sentido matemático, del amor hacia sí con el amor hacia el prójimo. Cuanto menos amor se siente por sí mismo, menos cuidados y trabajo se exige de los otros, y cuanto más amor se siente por el prójimo más se trabaja en favor suyo y más moral es la vida.

Así entendían y entienden la buena vida todos los sabios de la humanidad y todos los verdaderos cristianos; igual la comprenden todas las gentes sencillas. Cuanto más el hombre da al prójimo, y menos exige para sí, más cerca está de la perfección. Cuanto menos da á los otros y más exige para sí, más se aleja de la perfección.

Si cambiáis el centro de gravedad de una palanca acercándolo al brazo más corto, á consecuencia de ello, no sólo el brazo más largo será más largo

aún, sino que el brazo corto será también más corto. De igual modo, si el hombre, teniendo cierta facultad de amar, aumenta el amor á sí mismo y los cuidados egoístas, disminuye á consecuencia de ello la posibilidad del amor y de los cuidados que debe dedicar á los otros, no sólo en la cantidad de amor que acumula sobre sí mismo, sino en proporciones mucho mayores. En vez de dar de comer á los otros, el hombre se come ese exceso, y por lo mismo, no sólo disminuye la posibilidad de dar ese exceso, sino que, estando ahito, se priva de la posibilidad de pensar en los demás.

Para ser capaz de amar á los otros, no hay que amarse á sí mismo de un modo exclusivo. Pero, por regla general, pensamos que amamos á los demás, y en realidad sólo les amamos de palabra, no de hecho. Olvidaremos dar comida y techo á los demás; no nos olvidaremos de nosotros mismos. Y he aquí por qué, para amar realmente á los otros, hay que aprender á olvidarse de comer y de dormir, como lo hacemos para con los demás.

Decimos: «Un buen hombre», y «lleva una con-

ducta moral», de un hombre afeminado, acostumbrado al lujo. Un hombre así puede ser bueno, pero no llevar una conducta moral, como un cuchillo del mejor temple no puede cortar, si no está afilado. Ser bueno y tener buenas costumbres quiere decir: dar á los otros más de lo que se recibe. El hombre acostumbrado al lujo, no puede hacerlo, primero, porque sus necesidades no se lo permiten, y después, porque consumiendo cuanto los otros le dan, se debilita y queda inútil para todo trabajo.

El sér humano (hombre ó mujer) duerme en una cama con colchón de muelles, dos colchones de lana, dos sábanas, fundas de almohadas, almohadas mullidas; junto á la cama tiene una alfombrilla para proteger sus pies contra el frío, aun cuando gaste zapatillas, y en la mesita de noche los accesorios necesarios para que no tenga necesidad de ir más lejos; puede satisfacer sin moverse todas sus necesidades; todo ello no basta... Las ventanas están protegidas por cortinas, á fin de que la luz no le impida dormir, y duerme hasta la saciedad.

Todo se ha previsto para que en invierno tenga calor, ó en verano fresco, y para que no le molesten

el ruido, las moscas y otros insectos; duerme, y al despertar, halla agua caliente y fría para el baño y para afeitarse. Le preparan té ó café, bebidas excitantes que toma tan pronto se levanta; las botas altas, las botinas, los zapatos de cauchú que ensució la vispera, están ya limpios, y relucen como el cristal, sin una chispa de polvo. Le limpian también los trajes que llevó la vispera, de los que tiene colección completa, no sólo los de invierno y verano, sino para primavera y otoño, para los días lluviosos, muy cálidos ó húmedos, etc. Se le prepara ropa blanca recién lavada, almidonada, planchada, con botoncitos y ojales á los que pasan revista unos criados que se dedican exclusivamente á ello. Si el hombre es activo, se levanta temprano, es decir, á las siete de la mañana, pero siempre dos ó tres horas después que los que han tenido que arreglarlo todo para él. Además de los preparativos, de los trajes para el día y de las mantas y colchas para la noche, hay aún la bata y las zapatillas para cuando se levanta. Cuando se lava, se limpia y se peina, emplea para ello multitud de cepillos, jabones y gran cantidad de agua (muchos ingleses, y las mujeres sobre

todo, se muestran orgullosos, no sé por qué, de emplear mucho jabón y usar mucha agua). Después, el hombre se viste, se peina ante un espejo especial, además de los que hay en casi todas las habitaciones. Toma cuanto necesita: los lentes, un pañuelo para sonarse, un reloj con cadena, aun cuando donde quiera que vaya encontrará relojes; se provee de toda clase de moneda, de calderilla, de oro, de billetes de Banco, de tarjetas con su nombre impreso, —lo cual le dispensa del trabajo de escribirlo,— de un librito de memorias, de un lápiz, etc.

En cuanto á la mujer, todo resulta más complicado aún: el corsé, el peinado, las alhajas, los cintajos, los cordones, las horquillas, los alfileres, la borla... etc.

Cuando se acaban los cuidados del tocador, empieza el día, por regla general, comiendo: se toma café ó té con gran cantidad de azúcar, se comen bollos, pan de primera calidad con manteca, y á veces jamón. Los hombres en su mayoría fuman cigarrillos ó cigarros, mientras leen el periódico que acaban de traerles; después de ensuciar la habitación, se deja á los demás el cuidado de limpiarla.

Se acude á la oficina ó á los negocios, se da un paseo en coche, luego se come generalmente carne de animales sacrificados, de reses, de aves, de pescados; después viene la comida, también muy sustanciosa: dos ó tres platos para los más parcos, los postres, el café; después los naipes, la música, el teatro, la lectura ó la conversación, hundidos en muelles sillones, á la luz viva ó atenuada de las bujías, del gas ó la electricidad; otra vez té, otra vez comida, es decir, la cena, y de nuevo la cama, bien hecha, calentada, con sábanas limpias y el vaso de noche reluciente. Tal es la jornada del hombre que lleva una vida arreglada y de quien se dice, si tiene un carácter suave, que posee hábitos de orden y que es hombre de buenas costumbres.

Pero la vida moral es la del hombre que cuida de su prójimo; ¿y cómo un hombre acostumbrado á tal existencia puede cuidarse de aquél? Antes de pensar en el bien debe dejar de hacer el mal, y, sin embargo, contando todo el mal que hace á los hombres, á veces sin advertirlo, veréis que está lejos de alcanzar su objeto.

Sería mejor para él, física y moralmente, acostar-

se en el suelo, envuelto en su manto como Marco Aurelio. ¡Cuánto trabajo y cuidados evitaría así á los que le rodean! Podría acostarse y levantarse más aprisa, y no tendría que pensar ni en la luz por la noche, ni en las cortinas por la mañana. Podría dormir con la misma camisa que llevaba durante el día, andar descalzo por las habitaciones y el patio, lavarse con el agua del pozo, vivir, en una palabra, como viven todos sus criados. Conoce, sin embargo, cuanto trabajo les cuestan á ellos las diversas ocupaciones que su comodidad exige. ¿Cómo, pues, semejante hombre puede hacer nada bueno, sin abandonar su vida de lujo?

No puedo menos de repetir siempre lo mismo, á pesar del silencio frío y hostil con que se acogen mis palabras.

Un hombre moral que goza de todas las comodidades, y hasta el hombre de la clase media,—excepción hecha del hombre rico que gasta para sus caprichos centenares de jornadas de trabajo cada veinticuatro horas,—no puede vivir tranquilo sabiendo que todo aquello de que goza es fruto del trabajo de generaciones obreras, oprimidas bajo el peso

de una existencia abrumadora y que mueren ignorantes entregadas á la borrachera y al libertinaje, medió salvajes, en las minas, en las fábricas, en los talleres, al pie del arado, produciendo los objetos que sirven para el hombre de condición superior. Yo, que escribo esto, y vosotros que me leeréis, tenemos una alimentación suficiente, á menudo abundante, delicada, aire puro, vestidos de invierno y de verano, toda clase de distracciones, diversiones durante el día, y reposo completo por la noche. Y junto á nosotros, vive el pueblo trabajador que no tiene ni alimentación ni habitación sana, ni vestidos suficientes ni distracciones, y que, muy á menudo, no goza ni siquiera del descanso durante la noche; viejos, niños, mujeres, extenuados por el trabajo, por las noches sin sueño, por las enfermedades, se ven obligados durante su vida entera á trabajar para nosotros, á producir los objetos de lujo que no han de poseer ellos, y que para nosotros constituyen no una necesidad, sino una superfluidad.

He aquí por qué un hombre bueno, y no digo un cristiano, sino un amigo de la humanidad ó sencillamente de la justicia, no puede por menos de an-

helar cambiar su vida, y dejar de servirse de los objetos de lujo producidos por los obreros en tales condiciones.

Si el hombre siente realmente piedad por aquellos de sus semejantes que producen el tabaco, lo primero que debe hacer es dejar de fumar, pues, persistiendo en su vicio, obliga á la producción del tabaco y compromete su salud.

Lo mismo puede decirse de todos los objetos de lujo. Si el hombre no puede abstenerse de comer pan, á pesar del penoso trabajo que éste le cuesta, es porque, mientras no hayan cambiado las condiciones en que trabaja, no puede conquistarlo sin gran esfuerzo. Pero cuando se trata de cosas inútiles y superfluas, si siente lástima por el prójimo que produce tales objetos, lo mejor que puede hacer es renunciar á ellos.

Pero los hombres de nuestro tiempo no piensan así; aducen toda clase de argumentos, menos el que naturalmente se le ocurre á todo hombre sencillo. Según ellos, es absolutamente inútil abstenerse de tal lujo, y se puede compadecer el estado de los obreros, pronunciar discursos y escribir libros en su

favor, y continuar al propio tiempo aprovechando el trabajo que consideramos perjudicial para ellos.

Hay gentes que dicen que se puede aprovechar el trabajo abrumador de los obreros, porque si ellos no se sirven de él, otros se servirán. Esto equivale á decir que se debe beber hasta el vino adulterado porque, si uno no lo bebe, otros lo beberán.

Hay quien dice que el goce del lujo producido por los obreros, es muy útil á estos mismos, porque así les damos dinero, es decir, la posibilidad de vivir. ¡Como si no se les pudiera procurar esta posibilidad de otro modo que produciendo objetos perjudiciales para ellos, é inútiles para nosotros!

Según otros, todo oficio que desempeñe un hombre, empleado, sacerdote, labrador, fabricante, comerciante, es, en virtud de la división del trabajo, tan útil, que rescata todas las penas de los obreros de que se aprovechan esos pretendidos economistas.

Uno está al servicio del Estado, otro de la Iglesia, el herrero de la ciencia, el cuarto del arte, el quinto sirve al servidor del Estado, de la Iglesia ó del arte, y todos están convencidos de que lo que dan á los hombres equivale á lo que de ellos toman.

Sin embargo, si se escucha la opinión de tales gentes acerca de sus virtudes recíprocas, se ve que todos están lejos de valer lo que consumen. Dicen los empleados que el trabajo de los propietarios no está en relación con lo que gastan; los propietarios dicen lo mismo del negociante; éste del empleado, etc., pero esto no les desconcierta, y continúan persuadiendo á los demás de que cada cual aprovecha el trabajo ajeno en la medida de lo que él mismo da. Se sigue de ahí que no es el trabajo lo que reglamenta los salarios, sino que, según los salarios, se mide el trabajo. He aquí lo que pretenden, pero en el fondo, saben perfectamente que tales justificaciones no son verdaderas, que ninguno de ellos es verdaderamente útil á los obreros, y que no se aprovechan del trabajo de éstos según el principio de la división del trabajo, sino simplemente porque no pueden obrar de otro modo, y porque están de tal modo pervertidos, que no pueden renunciar á ese principio.

Todo ello proviene de que los hombres creen que se puede llevar una existencia moral sin haber ad-

quirido progresivamente las facultades necesarias para llevar tal existencia.

La primera de estas facultades es la abstinencia.

VIII

Sin la abstinencia, no hay vida moral posible. Para alcanzar una vida moral, debe poseerse tal virtud.

Si, en la doctrina cristiana, la abstinencia va comprendida en la noción de la abnegación, no por eso la progresión varía, y ninguna virtud cristiana es posible, sin la abstinencia.

Pero esta virtud nunca se alcanza de pronto; precisa una progresión.

La abstinencia significa la liberación del hombre de la lascivia y su sumisión á la prudencia; el hombre tiene numerosas pasiones, y para luchar con ventaja, debe empezar por las fundamentales,

por aquellas que engendran otras más complicadas, y no empezar por estas últimas, que sólo son la consecuencia de las primeras.

Hay pasiones complicadas como las del lujo de las mujeres, el juego, los placeres, la charlatanería, la curiosidad, y hay otras fundamentales: la glotonería, la ociosidad, la lujuria.

En la lucha contra las pasiones no hay que empezar por el fin, es decir, contra las pasiones complicadas; se debe empezar por las que dan origen á las otras, y aun así, en gradación definida por la naturaleza misma de esas pasiones y por la tradición de la sabiduría.

El hombre glotón es incapaz de luchar contra la pereza, y el ocioso y glotón á un tiempo, no podrá jamás luchar contra la pasión por la mujer. He aquí por qué, según todas las doctrinas, la tendencia hacia la abstinencia empieza por la lucha contra la glotonería, empieza por el ayuno.

En nuestra sociedad, la primera virtud, la abstinencia, está en absoluto olvidada, y también se desconoce la progresión necesaria para adquirir tal virtud; nadie se cuida del ayuno; se le considera

como una superstición estúpida y absolutamente inútil.

Y, sin embargo, así como la primera condición de una vida moral es la abstinencia, la primera condición de la abstinencia es el ayuno.

Se puede desear ser bueno y soñar con practicar el bien sin ayunar; pero, en realidad, esto es tan imposible, como andar sin estar en pie.

La gula, por el contrario, es el primer indicio de una vida licenciosa, y desgraciadamente, tal indicio distingue á la mayoría de los hombres de nuestro tiempo.

Mirad los rostros y los cuerpos de los hombres de nuestra sociedad: todos esos rostros con las barbas y las mejillas colgantes, esos miembros harto gordos y el abdomen prominente hablan de una vida licenciosa. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿Preguntáis cuál es el móvil principal de su vida? Por muy extraño que esto os parezca, el principal móvil de la mayoría de los hombres de nuestra sociedad, es la satisfacción del paladar, la satisfacción de comer, la voracidad. Desde los más pobres á los más ricos, la voracidad constituye el objeto principal de la

existencia. El pueblo trabajador sólo constituye la excepción, en la medida que la necesidad le impide entregarse á una pasión tan baja. Tan pronto como tiene medios y tiempo, imitando lo que hacen las clases altas, se proporciona los manjares más agradables, y come y bebe cuanto puede.

Cuanto más puede comer, más dichoso se cree, y más fuerte y más sano. Las clases altas le confirman en tal convicción, puesto que así consideran una alimentación abundante.

Ved la vida de los ricos; escuchad sus conversaciones. ¡Qué asuntos tan elevados les interesan! La filosofía, la ciencia, el arte y la poesía, la distribución de la riqueza, el bienestar del pueblo, la educación de la juventud; pero, en realidad, todo es vana palabrería. Hablan de ello de pasada, entre sus verdaderas ocupaciones y las comidas, cuando tienen el estómago lleno y ya no pueden comer más. El único, el verdadero interés de los hombres y de las mujeres, sobre todo desde que acaba su juventud, es la comida. ¿Cómo comer? ¿Qué comer? ¿Cuándo? ¿Dónde? No hay una solemnidad, una

alegría ni una inauguración que no se celebre con un banquete.

Ved á los viajeros. En ellos se ve mejor lo que digo. «¡Museos, bibliotecas, Parlamentos, qué interesante es esto! ¿Y dónde comeremos? ¿Dónde se come mejor?» Mirad los hombres cuando se reúnen para comer, y les veréis bien vestidos, perfumados, en torno de una mesa adornada con flores; ¡con qué alegría se frotan las manos y sonríen!

Si se examinara el fondo del alma para saber lo que desea la mayoría de los hombres, se vería que es la satisfacción de su apetito. ¿En qué consiste el castigo más cruel, desde la infancia? ¡En ser condenado á pan y agua! ¿Cuál es el criado mejor pagado? ¡El cocinero!

¿Cuál es el principal cuidado de una ama de casa? ¿De qué se habla la mayoría de las veces entre mujeres de la clase media? Y si las conversaciones de la alta sociedad no son de igual índole, se debe á que sus individuos tienen un mayordomo que cuida exclusivamente de la comida. Pero tratad de privarles de tal comodidad, y veréis de qué hablarán de continuo. Solamente hablarán de la alimen-

tación, del precio de las becas, del mejor modo de hacer café, bollos y golosinas. Sea cualquiera el motivo con que se reúnan los hombres, boda, bautizo, entierro, consagración de un templo, recepción de un viajero, encuentro agradable, presentación de la bandera, fiesta aniversaria, muerte ó natalicio de un gran sabio, de un pensador, de un moralista, diríase que los intereses más elevados de que hablan, no son sino un pretexto, porque todos saben que se comerá bien, que se beberá, y que para eso se han reunido.

Muchos días antes de esta fiesta se sacrifican aves y otros animales, se traen cestos de comestibles, y los cocineros, los ayudantes, los pinches de cocina, con sus delantales blancos, «trabajan» atareados. Los cocineros que cobran quinientos rublos por mes, y aun más, dan órdenes; y sus ayudantes trinchán, amasan, lavan, disponen y adornan. Los mayordomos, con aire solemne, lo calculan y examinan todo, á fuer de verdaderos artistas. El jardinero prepara las flores, las criadas la vajilla... todo un ejército de criados trabaja; se gasta el producto de millares de jornadas de trabajo para celebrar la memoria de un

grande hombre ó de un amigo difunto ó para festejar la unión de dos jóvenes.

En las clases medias ó inferiores ocurre lo mismo. La gula usurpa de tal modo el lugar del verdadero objeto de la reunión, que en griego y en francés, una misma palabra, *noce*, sirve para designar á un tiempo el matrimonio y el jolgorio. Pero, por lo menos, entre los obreros, no se trata de disimular tal sentimiento. Los ricos, por el contrario, consideran tales agapes como una satisfacción dada al uso y á las conveniencias. Dicen que les aburren tales comidas: pero si tratáis de darles, en vez de guisos exquisitos, algo más sencillo, cocido por ejemplo, veréis qué cisco arman; lo cual demuestra que, en realidad, sólo piensan en la gula.

La satisfacción de una necesidad tiene límites, el placer no. Para satisfacer el estómago, basta comer pan, sopas ó arroz; mientras que, para contentar la gula, no existe límite para las salsas y otros ingredientes.

El pan es un alimento necesario y suficiente; y la prueba está en que millones de hombres fuertes,

ligeros, sanos y que trabajan mucho, viven sólo de pan.

Pero es mejor comer el pan mezclado con otros alimentos. Es mejor mojarlo en caldo de carne; es preferible también poner en ese caldo distintas legumbres; y aun mejor, comer carne, y no hervida, sino asada, con manteca y mostaza, y rociar todo esto con vino tinto. Ya no se tiene hambre; pero todavía se puede comer pescado con salsa, y beber, para acompañarlo, vino blanco. Cuando parece que ya no se puede comer ni más grasas ni más carnes, se acude entonces á los postres. En verano, hielo; en invierno, compotas, confituras, etc., etc. He aquí una comida modesta. El gusto que proporciona esta comida, se puede aumentar todavía, y esto es lo que ocurre. Se toman aperitivos y entremeses y se presentan toda clase de guisos agradables, y para regalar la vista y los oídos, flores, adornos, música.

¡Y cosa singular! los hombres que comen así á diario, y ante cuya comida, el festín de Baltasar que provocó la cólera divina sólo se componía de bazofia, están cándidamente persuadidos de que pueden, á pesar de ello, llevar una existencia moral.

IX

El ayuno es condición necesaria de una vida moral, pero en el ayuno, como en la abstinencia, no se sabe por dónde empezar. ¿Cómo se ayuna? ¿Qué hay que comer? ¿Qué intervalo debe dejarse entre las comidas? Así como no se puede trabajar sin método de un modo serio, de igual manera no se puede ayunar sin saber por dónde ha de empezar la abstinencia. La idea de ayunar con método parece estúpida y ridícula á la mayoría.

Recuerdo con qué orgullo me decía un evangelista opuesto al ascetismo monástico: «Vuestro cristianismo no estriba en el ayuno y las privaciones, sino en los bifteks; generalmente el cristianismo y la virtud se armonizan con el biftek».

Durante las prolongadas tinieblas, y en ausencia de todo guía pagano ó cristiano, han penetrado en

nuestra existencia tantas nociones salvajes é inmorales que nos es difícil comprender la insolencia y la locura que encierra la afirmación que acabo de citar.

Si no nos inspira horror tal afirmación es porque miramos sin ver y escuchamos sin oír. No hay olor, por asqueroso que sea, á que el hombre no se acostumbre. No hay ruido á que no se habitúe, ni canallada que no mire con indiferencia. De manera que no se fija en aquello que admiraría á un hombre no acostumbrado á tales cosas. Lo mismo ocurre en la esfera moral.

Visité hace poco los mataderos de Tula. Están contruídos según un nuevo modelo perfeccionado, como en las grandes ciudades, de modo que los animales muertos padezcan lo menos posible.

Hace mucho tiempo ya que leyendo el excelente libro *Ethics of Diet* sentía deseos de visitar los mataderos, para asegurarme por mí mismo de la esencia del problema de que se habla cuando se trata del vegetarianismo; pero me ocurría algo parecido á lo que se nota cuando se sabe que se va á experimentar

un padecimiento agudo que uno no puede impedir. Aplazaba siempre mi visita.

Pero, recientemente, hallé en el camino un matarife que iba á Tula. Era un obrero poco hábil y su cometido consistía en dar la puntilla. Yo le pregunté si no le daban lástima las reses.

—¿Qué sacaría de ello? Así como así, tengo que matarlas.

Pero cuando le dije que no es necesario comer carne, la cual constituye un alimento de lujo, convino conmigo en que verdaderamente era de sentir.

—Pero ¿qué hacerle? Hay que ganarse la vida. Antes, *temía* matar: mi padre no mató jamás ni una gallina.

En efecto, á la mayoría de los rusos les repugna matar, sienten lástima, y expresan tal sentimiento por la palabra «temór». Él también *temía*, pero dejó de temer y me explicó que el viernes era el día de más trabajo.

Tuve recientemente una conversación con un soldado, carnicero, que también se admiró al decirle yo que era una lástima matar. Me contestó que es

una costumbre necesaria: pero, finalmente; convino en que da lástima, y añadió:

—Sobre todo cuando la res se encuentra resignada y mansa, cuando va al degolladero con toda confianza. Sí, inspira mucha piedad.

¡Es horrible! Horribles son, en efecto, no los padecimientos y la muerte de las reses, sino el hecho de que el hombre, sin ninguna necesidad, calle su sentimiento elevado de simpatía hacia seres vivientes como él, y sea cruel venciendo su repugnancia. ¡Cuán profunda es en el corazón del hombre la prohibición de matar á un sér viviente!

Un día que volvíamos de Moscou, unos cosecheros que iban al bosque nos llevaron en sus carros. Era el jueves santo: yo estaba sentado en la delantera del carro, junto al carretero, que era robusto, sanguíneo, grosero: evidentemente, era un labriego aficionado á la bebida. Entramos en una aldea, y vimos, con perdón sea dicho, un cerdo cebado, blanco rosado, que sacaban de una casa para matarle. Chillaba de un modo desesperado, con gritos que parecían humanos: en el momento preciso en que pasábamos por allí, empezaban á degollarle. Un hombre

le hundió el cuchillo en la garganta. Los gruñidos del cerdo fueron más fuertes y agudos; el animal se escapó chorreando sangre. Soy miope y no vi todos los detalles de la escena: vi únicamente un cuerpo sonrosado como el de un hombre y oí los gruñidos desesperados. El carretero miraba todo aquello sin apartar la vista. Cogieron de nuevo al cerdo, le derribaron y remataron. Cuando cesaron sus gritos, el carretero lanzó un profundo suspiro:

—¿Cómo puede Dios permitir esto?

Tal exclamación demuestra el profundo asco que inspira al hombre la matanza. Pero el ejemplo, la costumbre de la voracidad, la afirmación de que Dios admite tales cosas, hacen que los hombres pierdan por completo ese sentimiento natural.

Era un viernes. Fui á Tula y encontrando á un amigo mío, hombre bueno y sensible, le rogué que me acompañara.

—Sí, he oído decir que está muy bien montado y me gustaría verlo; pero si matan no iré.

—¿Y por qué no? Precisamente eso es lo que quiero ver; ya que se come carne, hay que ver como se mata á las reses.

—No, no puedo.

Es de notar que mi amigo es cazador, y que por lo tanto, mata también.

Llegamos. Apenas en la puerta, sentíase ya un olor fuerte, repugnante, de putrefacción como el de la cola de carpintero.

Cuanto más adelantamos, más crece tal olor. El edificio es de ladrillo rojo muy grande, con bóvedas y altas chimeneas. Entramos por la puerta cochera. A la derecha hay un gran patio cercado, que tiene una superficie de un cuarto de hectárea. Allí es donde, dos veces á la semana, amontonan el ganado vendido. En el extremo de este patio, está la portería: á la izquierda, dos naves con puertas ojivales; el suelo es de asfalto, formando doble pendiente, y allí hay aparatos especiales para colgar las reses muertas.

Junto á la portería, estaban sentados en un banco seis matarifes, que llevaban los delantales manchados de sangre, con las mangas también sanguinolentas, arremangadas, mostrando sus brazos musculosos. Habían terminado ya su trabajo media hora antes, de modo que aquel día sólo pudimos ver la

nave vacía. A pesar de las puertas abiertas, sentíase un olor nauseabundo de sangre caliente; el suelo era obscuro, reluciente, y en las regueras había sangre coagulada.

Uno de los matarifes nos explicó de qué modo se mata y nos enseñó el sitio en que se verifica tal operación. No lo comprendí del todo, y me formé una idea falsa pero terrible del degüello; pensaba, como ocurre á menudo, que la realidad me causaría menos impresión que lo imaginado, pero estaba en un error.

Otra vez, llegué al matadero á buena hora. Era el viernes anterior á la Pascua de Pentecostés, en un día caluroso de Junio; el olor á sangre era aún más fuerte que la otra vez y se trabajaba de firme; el gran patio estaba lleno de ganado y había muchas reses también en los cobertizos contiguos á la nave central.

En la calle había carretas cargadas de bueyes, vacas y terneros.

En otros carros tirados por buenos caballos veíanse amontonadas terneras vivas, patas arriba. Estos carros se acercaban al matadero y se descargaban.

Había aún otros carros con bueyes muertos, cuyas patas se movían al compás de las sacudidas que daba el vehículo, mostrando sus cabezas inertes, los pulmones rojos y el hígado pardusco; todos salían del matadero. Junto á la cerca había caballos de silla pertenecientes á los ganaderos. Éstos, con sus largas blusas y el látigo en la mano, iban y venían por el patio, ó marcaban con alquitrán las reses que les pertenecían; regateaban el precio y vigilaban el transporte del ganado, desde el patio al cobertizo y desde éste á la nave.

Toda aquella gente parecía preocupada por sus negocios y nadie se cuidaba de saber si era una buena ó una mala acción matar aquellas reses; tanto pensaban en ello como se cuidaban de la composición química de la sangre que corría por el suelo.

No había ningun matarife en el patio. Todos trabajaban. Aquel día se mataron unos cien bueyes.

Entré en la nave central y me detuve junto á la puerta; me detuve, porque en el interior apenas se cabía á causa del ganado que allí se amontonaba y porque la sangre goteaba del techo, salpicando á los

matarifes. Si hubiera yo entrado, también me hubiera manchado el traje.

Unos hombres descolgaban á una res, otros hacían deslizar á otra sobre unos carriles y había un buey muerto con las patas blancas, al que desollaba un matarife.

Por la puerta opuesta á la en que yo estaba hacían pasar al mismo tiempo un buey rojo y gordo. Le arrastraban. Apenas había salvado el umbral, cuando uno de los matarifes, armado con un hacha de largo mango, le hirió en el cuello. Como si á un tiempo le hubieran cortado las cuatro patas, el buey cayó pesadamente al suelo, se volvió de lado y movió convulsivamente las patas y la cola. Entonces un matarife se echó sobre él, le cogió por los cuernos, hizo que la cabeza se bajara hasta el suelo, y otro matarife le degolló. Por la abierta herida, la sangre, de un rojo obscuro, brotaba como de una fuente, y la recogía, en un barreño de metal, un niño salpicado de sangre. Entre tanto el buey no cesaba de mover y sacudir la cabeza y agitar convulsivamente las patas.

El barreño se llenaba rápidamente, pero el buey

vivía aún y continuaba azotando el aire con las pesuñas, lo cual obligaba á los carniceros á apartarse. Tan pronto como el barreño estuvo lleno, el muchacho se lo colocó en la cabeza y lo llevó á la fábrica de albúmina, mientras otro niño traía otro barreño que se llenaba á su vez.

El buey continuaba perneando desesperadamente. Cuando cesó de correr la sangre, el carnicero levantó la cabeza del buey y le empezó á desollar; el animal aun se movía. Tenía la cabeza ya desollada, roja, con las venas blancas, y tomaba la posición que le daban los matarifes. Colgaba la piel á ambos lados y el buey no cesaba de moverse. Otro carnicero cogió entonces al buey por una pata, se la rompió y se la cortó: el vientre y las otras piernas se estremecían aún convulsivamente; después, le cortaron los miembros restantes y los echaron en un montón con las piernas de los otros bueyes del mismo ganadero. Luego arrastraron á la res hacia la polea y la colgaron. Entonces únicamente es cuando el buey no dió señal de vida. De igual manera vi matar desde la puerta tres bueyes más. A todos le hicieron la misma operación; á todos les cortaron la cabeza, cuya lengua

pendía entre los dientes; la diferencia consistía en que á veces el matarife no acertaba el golpe; el buey se resistía, mugía y, chorreando sangre, trataba de escapar de manos de los carniceros. Entonces le arrastraban hasta el centro de la nave, le herían de nuevo y caía.

Di la vuelta, y me acerqué á la puerta opuesta y vi repetir la misma operación, pero más de cerca y con mayor claridad. Vi sobre todo lo que no había podido ver desde la otra puerta: de qué manera se obligaba á los animales á entrar. Cada vez que cogían un buey del cobertizo y le arrastraban por medio de una cuerda atada á los cuernos, el animal, oliendo la sangre, se resistía, mugía y retrocedía; dos hombres no hubieran podido arrastrarle á la fuerza; y he aquí por qué, entonces, uno de los matarifes se le acercaba, cogía al buey por la cola, se la retorció y le rompía una vértebra; el animal adelantaba temeroso. Cuando hubieron acabado de matar los bueyes de un ganadero, empezaron con los de otro.

El primer animal de esta nueva ganadería era un toro hermoso, robusto, berrendo en negro, y botine-

ro; un animal joven, musculoso, enérgico. Tiraron de la cuerda, bajó la cabeza y se detuvo con decisión; pero el matarife marchaba detrás, y como un herrero que coge el mango de un fuelle, cogió la cola, la retorció; crujieron las vértebras, embistió el toro tirando al suelo á los que sujetaban la cuerda, y se detuvo de nuevo mirando á ambos lados con sus ojos negros llenos de fuego; de nuevo crujió la cola, adelantó el toro, y entonces llegó á donde se quería; el matarife se acercó, apuntó é hirió; el golpe, mal dirigido, no hizo caer á la res, que agitó con fuerza la cabeza, mugió, y sangrienta y furiosa se soltó y se echó hacia atrás. Todos los que estaban junto á la puerta huyeron; pero los matarifes, acostumbrados al peligro, se apoderaron rápidamente de la cuerda, de nuevo rompieron la cola y otra vez el toro se encontró en la nave, en el sitio requerido. Ya no pudo escapar. El matarife apuntó rápidamente, halló el punto que quería, hirió, y el hermoso animal, lleno de vida, cayó moviendo la cabeza y las piernas mientras le degollaban y desollaban.

—¡Maldito diablo! no ha caído donde era preciso,

murmuró el matarife, cortándole la piel de la cabeza.

Cinco minutos después, la cabeza negra era roja, y aquellos ojos, que brillaban con tanta fuerza cinco minutos antes, aparecían vidriosos y apagados.

Luego fuí al sitio donde matan los carneros. Era una gran nave con el suelo asfaltado y mesas con respaldos, sobre las cuales se degüella á los carneros y terneras. En aquella cuadra impregnada del olor de la sangre, había acabado el trabajo y únicamente estaban dos matarifes. Uno de ellos soplabá en la pierna de un carnero muerto y frotaba con la mano el vientre hinchado del animal; el otro, que era mozo y llevaba el delantal lleno de sangre, fumaba un cigarrillo. Me siguió un hombre que parecía un antiguo soldado. Llevaba un corderito de un día, negro, con una mancha en el cuello y las patas atadas, y lo puso sobre una mesa.

El soldado, que se conocía que había ido muchas veces á aquel sitio, dió los buenos días y trabó conversación explicando que tenía que pedir licencia á su amo. El mozo del cigarrillo se acercó empuñando un cuchillo, y contestó que les daban permiso los

días de fiesta. El cordero vivo estaba tan inmóvil como el carnero muerto é hinchado, con la diferencia de que agitaba vivamente la colita y se le movían los costados más rápidamente que de costumbre. El soldado, sin hacer ningún esfuerzo, apoyó la cabeza del animalito en la mesa, y el matarife, sin cesar de hablar, cogió con la mano izquierda la cabeza del cordero y le cortó el cuello. Agitóse la víctima, la cola se le puso rígida y cesó de moverse. El carnicero, mientras brotaba la sangre, encendió de nuevo el cigarrillo. Cuando acababa de desangrarse, se agitó de nuevo el cordero y la conversación continuó sin interrumpirse un solo instante.

¡Y las gallinas, y los pollos, que por millares se sacrifican á diario en las cocinas, y que con las cabezas cortadas, chorreando sangre, se estremecen y baten las alas de una manera tan cómica como terrible!

Y, sin embargo, la señora de corazón sensible come ese volátil con la completa seguridad de su derecho, afirmando dos opiniones que se contradicen: la primera, que está tan delicada, según le aseguró su médico, que no podría soportar una alimentación

exclusivamente vegetal, y que á su débil organismo le hace falta la carne; la segunda, que es tan sensible que no puede hacer padecer á los animales, ni soportar la vista de sus padecimientos.

En realidad, esta pobre señora está débil porque la han acostumbrado á nutrirse de alimentos contrarios á la naturaleza humana; y no puede dejar de hacer padecer á los animales, por la sencilla razón de que se los come.

X

No se puede fingir ignorancia, porque no somos avestruces; no podemos creer que, si no miramos, no sucederá lo que no queremos ver. Más imposible es aún no querer ver lo que comemos.

Si por lo menos fuera necesario, ó siquiera útil; ¡pero no! para nada sirve (1), á no ser para desarrollar los sentimientos bestiales, la lujuria, la glotonería, la borrachera.

Esto está confirmado por el hecho de que los jó-

(1) Aquellos que lo duden, lean los numerosos libros escritos por médicos y sabios, donde se prueba que la carne no es necesaria como alimento. No se oiga á los médicos antiguos, que preconizan el uso de la carne, porque la preconizaron sus predecesores; únicamente lo hacen por testarudez, como se defiende todo lo viejo y pasado de moda.

venes buenos y puros, sobre todo las mujeres y las jóvenes, comprenden, de un modo instintivo, que la virtud no se armoniza con el biftek, y así, cuando quieren ser buenos, abandonan el alimento animal.

¿Qué quiero probar? ¿Acaso que los hombres, para ser buenos, deben cesar de comer carne? No.

Quiero solamente demostrar que, para conseguir llevar una vida moral, es indispensable adquirir *progresivamente* las cualidades necesarias, y que de todas las virtudes la que primero hay que conquistar es la sobriedad, la voluntad de dominar las pasiones. Tendiendo hacia la abstinencia, el hombre seguirá necesariamente cierto orden bien definido y en el tal orden la primera virtud será la sobriedad en la alimentación, el ayuno relativo.

Si busca seria y sinceramente el camino moral, lo primero que debe hacer el hombre es privarse de comer carne; pues, además de que excita las pasiones, su uso es inmoral porque exige una acción contraria al sentimiento de la moralidad —el asesinato —que provocan la glotonería y la voracidad.

¿Por qué la privación de la carne ha de ser la primera etapa hacia la vida moral?

A esto se contesta perfectamente en el libro *The Ethics of Diet*, no por un solo hombre, sino por toda la humanidad, en la persona de sus mejores representantes desde que la humanidad alcanzó la edad de la razón.

«Pero ¿por qué si la inmoralidad de una alimentación animal fué conocida desde hace tanto tiempo, no se ha llegado hasta ahora á tener conciencia de esa ley?» preguntarán aquellos que juzgan antes por la opinión corriente que por su propia razón. La respuesta es que el movimiento moralizador que constituye la base de todo progreso, se cumple siempre lentamente, y que el indicio de todo verdadero movimiento estriba en su carácter de perpetuidad y constante aceleración.

Tal es el movimiento vegetariano; este movimiento está expresado tan bien por todos los escritos que se incluyen en el libro citado como por la existencia misma de la humanidad, la cual tiende más y más, sin que lo advierta siquiera, á pasar de la alimentación animal al régimen vegetal, y este movimiento se manifiesta con una fuerza particular y consciente en el vegetarianismo, que adquiere cada vez mayor extensión.

Cada vez hay más hombres que renuncian al consumo de la carne en Alemania, en Inglaterra y en América, y cada año aumenta en esos países el número de hoteles y posadas vegetarianas.

Este movimiento debe alegrar á los hombres que tratan de realizar el reinado de Dios en la tierra, no porque el vegetarianismo sea por sí mismo un paso hacia ese reino, sino porque es el indicio de que la tendencia hacia la perfección moral del hombre es seria y sincera, ya que esta tendencia implica un orden invariable que le es propio y que empieza por la primera etapa.

Hay que regocijarse por ello, y esta alegría es comparable á la que deben experimentar los hombres que, queriendo alcanzar el piso más alto de un edificio, hubieran pensado primeramente en escalar la pared y advirtieran, por fin, que el medio más sencillo es empezar por el primer peldaño de la escalera.



LA GUERRA



LA GUERRA

—

I

Nosotros, que queremos á los extranjeros, á franceses, alemanes, americanos é ingleses; nosotros, que estimamos sus cualidades, que tenemos á dicha encontrarnos con ellos, que les acogemos con placer, que no sólo no podemos considerar como un acto heroico la guerra contra ellos, sino que ni siquiera podemos pensar sin terror que llegue á producirse tan grave desacuerdo, estamos llamados, sin em-

bargo, á tomar parte en la matanza que debe realizarse, si no hoy, inevitablemente mañana.

Se comprende que los judíos, los griegos, los romanos hayan defendido su independencia por el asesinato, y sometido por el asesinato á otros pueblos, ya que todos ellos creían firmemente ser el único pueblo elegido, bueno, amado por Dios, mientras que los otros no eran más que filisteos ó bárbaros. Los hombres de la Edad media, y aun los de fines del siglo XVIII ó de principios del XIX podían aún creer lo mismo. Pero nosotros no podemos creerlo. Y esta contradicción es tan terrible en nuestra época, que nos es imposible vivir sin hallar una solución á ella.

«Ricos en contradicciones son nuestros tiempos, escribe en su hermosa Memoria el profesor de derecho internacional, señor conde de Komarovsky; la prensa de todos los países nos habla en todos los tonos

de la necesidad de la paz para los pueblos, y la desea ardientemente.

»Europa, á consecuencia de ello, está, á pesar de todas nuestras conquistas científicas, en igual situación que en tiempo de la mayor barbarie de la Edad media. Quéjense todos de tal estado de cosas, y quisieran acabarlo. Todos los jefes de Estado afirman que quieren la paz, y rivalizan en hacer declaraciones pacíficas. Y el mismo día, ó al siguiente, presentan á los Parlamentos proyectos de ley para aumentar los efectivos, diciendo que esas son medidas preventivas para garantizar la paz.

»Pero no es esta paz la que preferimos, y las naciones no lo creen tampoco. La verdadera paz se basa en la confianza mutua, mientras que esos armamentos denuncian entre los diversos Estados, ya que no una hostilidad declarada, por lo menos una desconfianza oculta. ¿Qué diríamos de un hombre que, queriendo manifestar sus sentimientos amigables á un vecino, le invitara á examinar sus mutuas diferencias revolver en mano?

»Esta contradicción flagrante entre las declaraciones pacíficas y la política armada de los gobier-

nos es la que todos los buenos ciudadanos quisieran borrar á toda costa».

Se admira la gente de que ocurran 60.000 suicidios al año en Europa, sin contar los que se perpetran en Rusia y Turquía. Hay que extrañar, por lo contrario, que no ocurran más. Todos los hombres de nuestra época, si se dan cuenta de la contradicción que existe entre su conciencia y su vida, hallanse en situación muy cruel. Dejando aparte todas las otras contradicciones que existen entre la vida real y la conciencia, basta este estado de paz armada permanente, contrapuesto á su religión católica, para que el hombre se desespere, dude de la razón humana y renuncie á la vida en este mundo insensato y bárbaro. Esta contradicción, que viene á ser como la quinta esencia de las otras, es tan terrible, que no es posible vivir á menos de olvidarla.

¡Cómo! nosotros los cristianos no sólo profesamos el amor por el prójimo, no sólo vivimos realmente con vida común, sino que tratamos de instruirnos unos á otros para nuestra dicha mutua acercándonos con amor, y en cambio, mañana, un enloquecido jefe de Estado dirá una estupidez cualquiera, otro le contestará con otra gansada, y yo y mis semejantes marcharemos á la muerte para matar hombres que no sólo no nos han causado ningún daño, sino que, por el contrario, nos son queridos. Y esto no es una probabilidad lejana, sino una certidumbre inevitable, para la cual nos preparamos todos.

Basta tener conciencia de ello para volverse loco ó suicidarse.

Basta volver en sí durante un momento, para comprender la necesidad de tal resolución.

Únicamente así puede explicarse el afán con que el hombre moderno trata de embrutecerse por medio del vino, el tabaco, el opio, el juego, por la lectura de los periódicos, por los viajes y por toda especie de placeres y espectáculos. Se entrega uno á tales ocupaciones con toda su alma. Si no hubiese

un medio exterior de embrutecimiento, la mitad del género humano se suicidaría inmediatamente, ya que es intolerable vivir en contradicción con la conciencia.

Todos los hombres de nuestra época se hallan en igual situación: todos vive en contradicción flagrante entre su conciencia y su vida. Estas contradicciones lo mismo son económicas que políticas; pero la más importante es la que aparece entre el conocimiento de la ley cristiana de fraternidad y la ley relativa al servicio militar obligatorio, que hace de nosotros al mismo tiempo unos cristianos y unos gladiadores.

No puede ocurrir de otro modo. Apartándose de la concepción cristiana de la vida, los hombres no pueden dejar de volver á la concepción pagana y á las doctrinas que de ella dimanar. En nuestro tiempo se predicar no sólo el cristianismo y el aristocratismo como dos mil años hace, sino también el epicureísmo más grosero y la bestialidad, con la diferencia de que los hombres que antes lo predicaron creían en ello, y en cambio, los predicadores modernos no creen en lo que dicen ni pueden creer,

por la falsa absoluta de sentido que tienen tales doctrinas. No puede uno permanecer en el mismo sitio cuando se mueve el suelo: si no se adelanta, se retrocede, y los hombres instruídos de nuestra época, por extraño y terrible que parezca, no tan sólo arrastran hacia atrás á la humanidad, sino que quieren volverla á la barbarie primitiva.

Estas tendencias de los hombres instruídos de nuestra época, se manifiestan de un modo claro en presencia del fenómeno que denota la insuficiencia de nuestra concepción social de la vida: la guerra, el armamento general y el servicio obligatorio.

La falta de franqueza, y no digo de buena fe, que se nota en los hombres ilustrados es grande. Se manifiesta de tres maneras: unos consideran que el fenómeno de la paz armada es algo ocasional producido por la situación política de Europa, y susceptible de mejorar por simples medidas exteriores internacionales y diplomáticas; otros consideran tal fenómeno como algo terrible y atroz, pero tan inevitable como la enfermedad ó la muerte; otros, en fin, consideran la guerra con tranquilidad y sangre

fría, como un fenómeno necesario, bienhechor y por lo tanto deseable.

Los hombres hablan de un modo distinto acerca de tal asunto, pero todos hablan de la guerra como de un acontecimiento que no depende de la voluntad de los hombres que toman parte en ella, y por consiguiente, no admiten la pregunta que se le ocurre á cualquier hombre de buen sentido: «¿Debo tomar parte en ella?» A juicio suyo, tal género de preguntas no debe existir, y todos los hombres, sean cuales fueren sus opiniones personales acerca de la guerra, deben someterse servilmente á las exigencias del poder.

La actitud de los primeros, de aquellos que creen que es posible evitar la guerra por medio de medidas internacionales y diplomáticas, aparece claramente en las resoluciones del último Congreso Universal de la Paz, de Londres, y en los artículos y cartas escritos por publicistas célebres y reunidos en el número 8 de la *Revue des revues*, 1891.

He aquí los resultados del Congreso. Habiendo recogido las opiniones verbales ó escritas de todos los sabios del globo, el Congreso, en sus trabajos,

empezados con una función religiosa en la catedral, y terminados con un banquete seguido de diversos brindis, después de oír durante cinco días numerosos discursos, llegó á las siguientes conclusiones:

1.º Llevar por todos los medios á los hombres la convicción de que la guerra es contraria á sus intereses y que la paz implica un gran beneficio.

2.º Influir en los gobiernos para demostrarles las ventajas que ofrecen los Tribunales arbitrales sobre la guerra, y, por consiguiente, el interés y la necesidad del desarme.

Para alcanzar el primer fin, el Congreso se dirige á los profesores de historia, á las mujeres y al clero, y les aconseja consagrar el primer domingo del mes de Diciembre á predicar á los hombres los males de la guerra y los beneficios de la paz. Para lograr el segundo fin, el Congreso se dirige á los gobiernos y les propone el desarme y la substitución de la guerra por el arbitraje.

¡Predicar á los hombres los males de la guerra y los beneficios de la paz! Bien conocen unos y otros, ya que desde que existen se saludan diciendo: «¡La paz sea con vosotros!»

No sólo los cristianos, sino también los paganos, desde hace miles de años, conocen los males de la guerra y los beneficios de la paz.

El cristiano no puede dejar de predicarlos mientras vive, y si los cristianos y los sacerdotes no lo hacen, sus motivos deben tener, y hasta que tales motivos cesen, no lo harán.

El consejo dado á los gobiernos de licenciar sus ejércitos y de reemplazarlos por el arbitraje internacional, es más vano aún. Los gobiernos no ignoran las dificultades que ofrece el reclutamiento de las tropas; así, pues, si las organizan y mantienen bajo las armas, á costa de terribles esfuerzos, es que evidentemente no pueden obrar de otro modo, y no serán los consejos del Congreso los que cambien tal situación. Pero los sabios no quieren advertirlo, y esperan hallar una combinación que decida á los gobiernos á limitar por su propia iniciativa la extensión de su poder.

II

«¿Se puede conjurar la guerra?» escribe un erudito en la *Revue des revues*.

«Todos reconocen que, si un día estalla en Europa, acarreará consecuencias iguales á las de las grandes invasiones. Pondrá en peligro la existencia de las nacionalidades y, por lo tanto, será sangrienta, encarnizada, atroz.

»Esta consideración unida á la de que hay terribles medios de destrucción, inventados por la ciencia moderna, retarda quizá la declaración de guerra y hace que las cosas permanezcan en el estado actual que podría durar de un modo indefinido, si no mediaran las cargas enormes que abruma á las naciones europeas y amenazan, prolongándose, con producir ruinas y desastres más grandes que los mismos que engendra la guerra.

»Heridas por tales ideas, las personas de todos los países han buscado los medios prácticos, bien de detener ó bien de atenuar los efectos de la espantosa matanza que se viene sobre nuestra cabeza.

»Tales son las cuestiones sometidas al Congreso Universal de la Paz que ha de abrirse en Roma, y de las que tratará un próximo libro acerca del desarme. Desgraciadamente, es harto cierto que, dada la organización general de los Estados modernos, aislados unos de otros y con intereses diferentes, la supresión absoluta de la guerra es una ilusión que resulta peligroso abrigar. Sin embargo, algunas leyes y reglamentos más humanos, impuestos á tales duelos entre naciones, amenguarían los horrores que se prevén.

»Es igualmente bastante quimérico contar con los proyectos de desarme cuya ejecución es casi imposible, por consideraciones de un carácter popular que no ignora ninguno de nuestros lectores (Esto quiere decir probablemente que Francia no puede desarmar antes del desquite). La opinión pública no está tampoco preparada para aceptarlos y las relaciones internacionales no les son favorables. Un

desarme impuesto por un pueblo, en condiciones peligrosas para su seguridad, equivaldría á una declaración de guerra.

»Sin embargo, se puede admitir que un cambio de ideas entre los pueblos interesados hará más fácil un concierto internacional para lograr una transacción, y hará que sea posible una reducción sensible de los gastos militares que abruma á las naciones europeas, con gran detrimento de las soluciones sociales cuya necesidad se impone á todas ellas, so pena de ver estallar en el interior la guerra que en el exterior habrán evitado.

»Se puede impedir por lo menos la reducción de los gastos enormes que resultan de la organización actual de la guerra, organización que tiene por objeto invadir el territorio enemigo durante las veinticuatro horas que seguirán á la declaración de guerra, y librar la batalla decisiva al cabo de una semana».

Hay que obrar de manera que los Estados no puedan atacarse entre sí, y apoderarse en veinticuatro horas de territorios ajenos.

Esta idea práctica ha sido expresada por el señor Máximo Du Camp y forma la conclusión de su estudio.

Estas conclusiones son las siguientes:

«1.º Un Congreso diplomático que represente á las diferentes potencias, se reunirá todos los años en época y por tiempo determinados para examinar la situación de las naciones, allanar dificultades y servir de árbitro en caso de conflicto latente;

»2.º Ninguna guerra podrá declararse hasta dos meses después del incidente que la provocase. Durante este intervalo el deber de los neutrales es proponer un arbitraje;

»3.º Ninguna guerra se declarará hasta haber sido previamente sometida á un plebiscito de las naciones que han de guerrear, y

»4.º Las hostilidades no podrán empezar hasta un mes después de la declaración oficial de la guerra.»

¿Quién impedirá que las hostilidades empiecen? ¿Quién obligará á los hombres á hacer esto ó aquello? ¿Quién conseguirá que los gobiernos esperen los plazos fijados? Los demás Estados. Pero esos Estados son también potencias á los que hay que moderar y *obligar*. ¿Quién y cómo les *obligará*? La opinión pública. Pero, si hay una opinión pública que pueda obligar á una potencia á esperar los plazos fijados, la misma opinión pública puede también obligar á esa potencia á no declarar la guerra.

Se me objetará que es posible obtener tal ponderación de fuerzas, que las naciones no se decidirán á quebrantarla. ¿No se ha probado ya, y no se prueba aún? La Santa Alianza tendía á eso, la Liga de la Paz á eso tiende, etc.

¿Y si todos se ponen de acuerdo? se me contesta. Si todos se ponen de acuerdo, no habrá guerra, y los tribunales arbitrales serán inútiles.

¡El tribunal arbitral! El arbitraje reemplazará la guerra. Las diferencias se resolverán por el arbitraje. La cuestión del *Alabama* se resolvió por el tribunal de arbitraje; la de las islas Carolinas se sometió al arbitraje del Papa. Suiza, Bélgica, Dinamarca

y Holanda declaran preferir el arbitraje á la guerra.

Creo también que Mónaco expresó el mismo deseo. No hay más que una pequeña dificultad; y es que ni Alemania, ni Rusia, ni Austria, ni Francia han hecho hasta ahora igual declaración.

¡Cuán fácilmente se ilusionan los hombres, siempre que tienen interés en ello! Los gobiernos consentirán en resolver sus desacuerdos por medio del arbitraje y en licenciar sus ejércitos.

Los abismos que hay entre Rusia y Polonia, entre Inglaterra é Irlanda, entre Austria y Bohemia, entre Turquía y los slavos, entre Francia y Alemania, se colmarán amistosamente, por vía de conciliación.

Es exactamente lo mismo que si se propusiera á los comerciantes y banqueros no vender nada á un precio superior al de su coste, ocuparse sin beneficio en la distribución de las riquezas, y suprimir el dinero, ya inútil.

Pero como el comercio y las operaciones bancarias consisten en vender más caro de lo que se compra, tal proposición equivaldría á una invitación al

suicidio. Igual ocurre en cuanto concierne á los gobiernos. La proposición de no emplear la fuerza y de resolver con justicia sus diferencias es un consejo de suicidio. Es poco probable que lo sigan.

Los sabios se reúnen en sociedades (hay más de ciento de tal especie), en congresos (recientemente los ha habido en París, en Londres y en Ruan); pronuncian discursos, banquetean, brindan, publican boletines, y demuestran así por todos los medios que los pueblos, obligados á mantener sobre las armas á millones de hombres, no pueden ya con tanta carga, y que estos armamentos son el reverso de la medalla del progreso y están opuestos á los intereses y á los deseos de los pueblos, y que, ensuciando mucho papel, pronunciando muchas palabras, se podría poner de acuerdo á todos los hombres y evitar que haya más intereses opuestos y por lo tanto menos guerras.

Cuando yo era niño, me hicieron creer que, para coger un pájaro, bastaba ponerle un grano de sal en la cola. Traté pues de aproximarme á los pájaros llevando sal, pero pronto me convencí de que si podía ponerle sal en la cola, del mismo modo po-

dría cogerle, y comprendí que se burlaban de mí.

Los hombres que leen los artículos y los libros acerca del arbitraje y del desarme, deben advertir igualmente que se hace burla de ellos.

Si se puede poner un grano desal en la cola de un pájaro, es que no vuela, y por lo tanto, que es fácil de coger. Si tiene alas y no quiere dejarse coger, no deja que le pongan sal en la cola, sino que huye volando. La función propia de un gobierno es mandar, y no obedecer. He aquí por qué siempre tiende á ello y no abandonará jamás el poder voluntariamente. Como que del ejército depende su poder, no renunciará jamás al ejército, ni á su razón de ser: la guerra.

III

El error proviene de que los jurisconsultos—engañándose y engañando á los demás—afirman en sus libros que el gobierno es una cosa distinta de lo que es: una reunión de hombres que explotan á los demás, pero, según la ciencia, la representación del conjunto de ciudadanos. Tantas veces lo han afirmado, que ahora lo creen ellos mismos, y así imaginan que la justicia puede ser obligatoria para los gobiernos. Pero la historia demuestra que, desde César á Napoleón, y desde este último á Bismarck, el gobierno es siempre, en su esencia, una fuerza que quebranta la justicia, y no puede ser de otro modo. La justicia no puede ser obligatoria para aquel ó aquellos que disponen de hombres armados y dispuestos á la violencia—los soldados,—y que

por las armas dominan á los demás. He aquí por qué los gobiernos no pueden consentir en disminuir el número de estos hombres obedientes y acostumbrados al manejo de los fusiles, y que constituyen toda su fuerza, toda su influencia.

Tal es la manera de ver de una parte de los sabios acerca de la contradicción que pesa sobre nuestra vida, y tales son sus medio de resolverla. Decid á esos hombres que la solución depende únicamente de la actitud personal de cada hombre ante la cuestión moral y religiosa que hoy predomina,—á saber: la legitimidad ó la ilegitimidad del servicio obligatorio,—y esos sabios se encogerán de hombros, y ni siquiera se dignarán contestar. Ellos no ven, en tal cuestión, más que una ocasión propicia para pronunciar discursos, publicar libros, nombrar presidentes, vicepresidentes, secretarios y reunirse y hablar en tal ó cual ciudad.

Con tal charla, escrita ó hablada, se conseguirá, según ellos, que los gobiernos dejen de reclutar soldados, licencien sus ejércitos y queden así sin defensa, no sólo ante sus vecinos, sino ante sus propios súbditos. Es como si unos bandidos que hu-

biesen atado á unos viajeros para despojarles, se dejaran enternecer por un discurso acerca de los padecimientos que causa á sus víctimas la cuerda que los ata y se apresuraran á cortarla.

Sin embargo, hay gentes que creen en ello y se cuidan de los Congresos de la Paz y pronuncian discursos y escriben libros: claro es que los gobiernos les demuestran simpatía, y fingen animarles, lo mismo que fingen proteger las sociedades de templanza, aun cuando viven gracias á la borrachera de los pueblos; como fingen proteger la instrucción, cuando su fuerza estriba precisamente en la ignorancia de las masas; como fingen garantizar la libertad y la constitución, cuando su poder se mantiene gracias á la ausencia de la libertad; como fingen cuidar del mejoramiento de la suerte de los obreros, cuando sobre la opresión de los obreros reposa su existencia; y como fingen sostener el cristianismo, cuando el cristianismo destruye todo gobierno.

Cuidan de la templanza, pero de modo que no disminuya la embriaguez; y de la instrucción, de manera que, en vez destruir la ignorancia, la aumente; de la libertad y de la constitución, pero en tal guisa

que no impida el despotismo; de la muerte de los obreros, pero de tal modo que no se libren de la esclavitud; del cristianismo, pero del cristianismo oficial que sostiene á los gobiernos en vez de destruirlos.

Ahora tienen otro cuidado: la paz.

Los soberanos, que se aconsejan de sus ministros, deciden por su sola voluntad cuando hay que empezar la gran matanza. Saben que ningún discurso les impedirá enviar á millones de hombres al degolladero. Y por lo mismo, escuchan con gusto tales disertaciones pacíficas, las apoyan, y toman parte en ellas.

Lejos de ser dañosas, son por el contrario útiles á los gobiernos, porque engañan á los pueblos y apartan su atención del problema principal y esencial: ¿Hay que someterse ó no á la obligación del servicio militar?

«La paz se organizará muy pronto, gracias á las alianzas, á los congresos, á los libros y á los folletos. Entre tanto, poneos el uniforme, y estad dispuestos á cometer y á sufrir violencias por cuenta nuestra», dicen los gobiernos. Y los sabios que or-

ganizan congresos, y los autores de memorias en favor de la paz, aplauden con entusiasmo.

Así obran y piensan los sabios de esta primera categoría. Guardan la actitud que más conviene á los gobiernos, y por lo tanto, aquélla que protegen los gobiernos hábiles.

Hay una segunda categoría, cuya opinión es más trágica. Es la de los hombres que ven que el amor de la paz y la necesidad de la guerra forman una contradicción terrible, pero que tal es el destino del hombre. La mayoría son escritores de talento, de impresionable naturaleza, que ven y comprenden el horror, la imbecilidad y la barbarie de la guerra; pero que, por una extraña aberración, no ven ni buscan salida alguna á esta situación desesperante de la humanidad, y que, con sus escritos, sólo consiguen irritar la llaga.

«¿Por qué no ha de juzgarse á los gobiernos después de declarar una guerra?» pregunta el célebre escritor Guido de Maupassant. «Si los hombres com-

prendieran esto, *si se atreviesen á juzgar por sí mismos á los poderes asesinos, si rehusaran dejarse matar sin razón, si se sirvieran de sus armas contra aquellos que se las han dado para asesinar, acabaría la guerra... Pero ese día no llegará jamás».*

(*Sur l'Eau*, p. 71-80).

El autor vé todo el horror de la guerra; vé que la producen los gobiernos, que, engañando á los pueblos, les impulsan á matarse mutuamente sin utilidad ninguna; vé también que los ciudadanos que componen los ejércitos podrían volver sus armas contra los gobiernos y pedirles cuenta; pero piensa que esto no sucederá nunca, y que, por lo tanto, no hay solución posible.

«Pienso, dice en otro párrafo, que los estragos de la guerra son terribles, pero inevitables; que la obligación del servicio militar es tan inevitable como la muerte, y que como los gobiernos la exigirán siempre, persistirá siempre la guerra».

Así escribe este publicista de talento, sincero, do-

tado de la facultad de apreciar rápidamente un asunto, lo cual constituye la esencia del saber poético. Nos representa toda la crueldad de la contradicción entre la conciencia de los hombres y sus acciones; pero no trata de resolverla, y parece reconocer que esta contradicción debe existir, y que contiene en sí la tragedia poética de la vida.

Otro escritor de bastante talento, el señor Eduardo Rod, pinta con colores más vivos aún la barbarie y la locura de la situación actual, pero también con el único fin de hacer resaltar su carácter trágico, sin proponer ninguna solución.

Según él (véase el *Sentido de la Vida*, p. 208-213), la fuerza hállase en manos de los que á sí mismos se pierden, en manos de individuos aislados, que componen la masa, y la fuente del mal hállase en el Estado. Parece evidente que la contradicción entre la conciencia y la vida llega á unos límites que no pueden ser rebasados, y que, por lo tanto, una solución se impone.

Pero el autor no es de tal opinión. Vé lo trágico de la vida humana, y después de demostrar todo el

horror de la situación, juzga que entre tales horrores debe transcurrir la existencia.

De tal manera piensa esta segunda categoría de escritores, que consideran la guerra como una cosa fatal.

La tercera categoría está compuesta de hombres que han perdido toda conciencia, y por consiguiente el buen sentido y el buen sentimiento humano.

A esta categoría pertenece Moltke, cuya opinión cita Maupassant, y con ese alemán la mayoría de los militares que viven de la guerra, y á menudo están cándidamente convencidos de que es una institución, no sólo inevitable, sino necesaria y útil.

Lo mismo creen algunos hombres civiles que se tienen por instruidos y civilizados.

He aquí lo que escribe en el número de la *Revue des revues* donde se recoge la opinión de muchos hombres sobre la guerra, el célebre académico Camilo Doucet:

»Estimado señor:

«Cuando pregunta usted al menos belicoso de los académicos si es partidario de la guerra, debe prever usted su respuesta.

»Desgraciadamente, caballero, califica usted mismo de sueño el pensamiento pacífico que inspira actualmente á sus generosos compatriotas.

»Desde que estoy en este mundo, siempre he oído que muchas gentes honradas protestaban contra esta horrible costumbre de matanza internacional que el mundo deplora. ¿Cómo remediarla?

»Muy á menudo también se ha tratado de suprimir el duelo, cosa que parecía fácil; pues bien, cuanto se ha hecho en tal sentido no ha servido ni servirá nunca para nada.

»Todos los congresos de ambos mundos podrán votar contra la guerra y contra el duelo, pero por sobre todos los arbitrajes, y todas las convenciones y todas las legislaciones, aparecerá eternamente:

»*El honor de los hombres*, que exige el duelo.

»*Y el interés de los pueblos*, que siempre querrá la guerra.

»Deseo de todos modos, y de todo corazón, que el Congreso de la Paz Universal consiga realizar su muy honrosa empresa.

»Recibid, caballero, etc...

»CAMILO DOUCET».

Quiere decir esta carta que el honor de los hombres exige que los hombres se desafien y que el interés de los pueblos manda que se arruinen y se exterminen mutuamente. En cuanto á las tentativas que se realizan para suprimir la guerra, sólo hacen sonreír al autor.

De igual índole es la opinión de otro académico, el señor Julio Claretie:

»Estimado señor:

«Un hombre sensato sólo puede tener una opinión respecto de la paz y la guerra.

»La humanidad existe para vivir libremente y perfeccionar y mejorar su suerte por medio de una pacífica labor. El acuerdo general que predica *The Universal Peace Congress* es un hermoso sueño quizá, pero á punto fijo un sueño. El hombre tiene siempre ante sus ojos la tierra prometida, y en esa tierra del porvenir, las mieses madurarán sin temor á ser cortadas por las balas ni aplastadas por las ruedas de los cañones. ¡Ah, triste es decirlo! pero como los filósofos y los bienhechores de la humanidad no son los dueños de ella, bueno es que nues-

tros soldados velen en la frontera y en la ciudad, y sus armas, bien llevadas y manejadas, son quizá la más segura garantía de esa paz que todos amamos.

»Sólo se otorga la paz á los decididos y á los fuertes.

»Creed, caballero, en la sinceridad, etc.

»JULIO CLARETIE».

Por esta carta, se ve que nadie ni nada impide hablar de lo que nadie quiere hacer; pero que, en cuanto se llega á la práctica, hay que batirse.

He aquí, ahora, la opinión recientemente expresada sobre tal asunto por el novelista más popular de Europa, Emilio Zola (1):

«Considero la guerra como una necesidad fatal, que parece inevitable á causa de sus lazos íntimos

(1) Este extracto está traducido de la versión rusa de una *interview* publicada por un diario francés.

con la naturaleza humana y el universo entero. Quisiera evitar la guerra el mayor tiempo posible. Sucede, sin embargo, que hay un momento en que nos vemos obligados á batirnos. Hablo ahora desde el punto de vista universal, y sin hacer alusión alguna á nuestro desacuerdo con Alemania, que no es más que un episodio insignificante en la historia de la humanidad. He dicho que la guerra es necesaria y útil, porque aparece como condición de existencia de la humanidad. Vemos la guerra en todas partes, no sólo entre las diversas razas y pueblos, sino también en la vida de familia y en la vida privada. Es uno de los elementos principales del progreso, y cada paso hacia adelante que ha dado la humanidad está marcado con huellas de sangre.

»Se ha hablado y se habla aún de desarme; sin embargo, el desarme es imposible, y aun, de no serlo, debiera rehusarse. Únicamente un pueblo armado es poderoso y grande. Estoy convencido de que el desarme general acarrearía una decadencia moral, que se manifestaría por una debilidad grandísima y detendría la marcha progresiva de la humanidad. Una nación guerrera goza siempre de una

salud floreciente. El arte militar implica el desarrollo de las demás artes. Ahí está la historia para dar fe de ello. Atenas y Roma alcanzaron un alto desarrollo comercial, industrial y literario cuando dominaron por la fuerza de las armas todo el mundo entonces conocido.

Recordemos, para no ir tan lejos, el siglo de Luis XIV. Las guerras del gran rey no detuvieron los progresos artísticos y científicos, antes bien los favorecieron».

¡La guerra obra útil!

Pero la opinión más característica es la de Vogüé, académico y escritor de igual tendencia. He aquí lo que dice en un artículo acerca de la sección militar en la Exposición de 1889.

«En la explanada de los Inválidos, rodeado de campamentos exóticos y coloniales, un edificio más

severo domina el pintoresco bazar; todos esos fragmentos del globo se han agrupado en torno del palacio de la Guerra.

«Nuestros huéspedes sumisos hacen centinela ante la casa-madre, sin la cual no estarían aquí. Buen asunto de antítesis para la retórica humanitaria: como es natural, gime al ver tal espectáculo, y afirma que esto matará aquello, que la fusión de los pueblos por la ciencia y el trabajo acabará con el instinto militar. Dejémosle acariciar la quimera de una edad de oro, que de realizarse se convertiría bien pronto en una edad de barro. La historia nos enseña que esto se creó para aquello y que es necesaria la sangre para apresurar y cimentar la fusión de los pueblos. Las ciencias de la naturaleza han ratificado, en nuestros días, la ley misteriosa revelada á José de Maistre por la intuición de su genio y por la meditación de los dogmas primordiales. Veía como el mundo rescata sus trabajos hereditarios por medio del sacrificio; las ciencias nos le muestran perfeccionándose por la lucha y la selección violenta: es por ambas partes la comprobación del mismo decreto, redactado en diferentes términos.

Decreto desagradable, sin duda; pero las leyes del mundo no se hicieron para agradarnos, sino para que nos perfeccionáramos.—Entremos, pues, en este inevitable y necesario palacio de la Guerra; podremos observar en él, como el más tenaz de nuestros instintos, sin perder nada de su vigor, se transforma y amolda á las exigencias diversas de los momentos históricos».

Para el académico, la necesidad de la guerra la prueban dos expresiones de dos grandes pensadores, José de Maistre y Darwin, y tanto le gustan esas expresiones, que de nuevo las recuerda en su carta al director de la *Revue des revues*:

«Me pide usted, caballero, que le dé mi opinión acerca del éxito probable del Congreso Universal

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

de la Paz. Creo con Darwin que la lucha violenta es una ley natural que rige todos los seres, y creo con José de Maistre, que es una ley divina; dos modos distintos de nombrar una misma cosa. Si, por suceso imposible, una fracción de la sociedad humana—digamos todo el Occidente civilizado—lograra suspender el efecto de esta ley, las razas más instintivas se encargarían de aplicarla contra nosotros: estas razas darían razón á la naturaleza contra la razón humana; y conseguirían su objeto, porque la certidumbre de la paz—no digo *la paz*, digo *la certidumbre de la paz*—engendraría antes de medio siglo una corrupción y una decadencia más destructoras que la peor de las guerras. Estimo que hay que guerrear, que la guerra es una ley criminal de la humanidad, y que, por lo tanto, debemos hacer con ella lo que hacemos con todas las leyes criminales, suavizarlas y hacer su aplicación lo más rara que que se pueda, y procurar que sean inútiles. Toda la experiencia de la historia nos enseña que no podrán suprimirse mientras haya en la tierra dos hombres, pan, dinero, y una mujer entre ellos.

»Celebraría que el Congreso me diera un mentís.

Dudo que lo dé á la historia, á la naturaleza, á Dios.

»Reciba usted, caballero, etc.

«*Melchor de Vogüé*».

Dice esta carta que la historia, la naturaleza del hombre y Dios nos enseñan que la guerra subsistirá mientras haya pan, dinero y una mujer. Esto quiere decir que ningún progreso logrará que el hombre abandone la salvaje concepción de la vida, que no admite sin lucha el reparto del pan, del dinero—¿á que viene nombrar aquí el dinero?—y de la mujer.

Extraños son esos hombres que se reúnen en congresos y pronuncian discursos para enseñar como se coge un pájaro poniéndole sal en la cola, á pesar de saber que esto es imposible. Raros también aquellos que, como Maupassant, Rod y otros, ven claramente todo el horror de la guerra, toda la contradicción que resulta de que los hombres no hagan lo que hay que hacer y les sería provechoso, que lamentan las fatalidades trágicas de la vida, y no

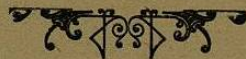
advierten que cesarán tan pronto como los hombres, renunciando á razonar sobre asuntos inútiles, se decidan á no hacer aquello que les es penoso y repugnante.

Asombrosos son estos hombres; pero los que, como el señor de Vogüé y otros, adoptan la ley de evolución, considerando la guerra no sólo inevitable, sino también útil y portanto deseable, éstos son terribles, espantosos por su aberración moral. Aquéllos dicen, por lo menos, que aborrecen el mal, que aman el bien, pero éstos declaran, sin ambages, que no hay ni bien ni mal. Todas las disertaciones acerca de la posibilidad de establecer la paz en vez de la guerra, creen que son palabrería hueca. Existe una ley de evolución, de la cual se desprende que yo debo vivir y obrar mal: ¿qué haré? Soy un hombre instruído, conozco esta ley de evolución, y por consiguiente, voy á obrar mal: «Entremos en el palacio de la Guerra». Existe una ley de evolución, y por consiguiente, no hay ni bien ni mal, y hay que vivir por su interés propio tan sólo, abandonando lo demás á la ley de evolución. Es la última expresión de la cultura refinada, y al propio tiempo de ese obscurecimiento de

la conciencia que distingue á las clases ilustradas de nuestra época.

El deseo que tienen esas clases de conservar por todos los medios posibles sus ideas preferidas y la existencia que de ellas dimana, llega á su paroxismo. Esos hombres mienten, se engañan á sí mismos y engañan á los demás del modo más refinado para conseguir tan sólo ahogar la conciencia.

En vez de cambiar su manera de vivir según las indicaciones de su conciencia, tratan por todos los medios de ahogar su voz. Pero en la obscuridad es donde brilla la luz, y la verdad empieza á lucir entre las tinieblas de nuestra época.



LA CAZA



LA CAZA

Se dice que es más fácil comprar una liebre que perder el tiempo cazándola. Esto es verdad; mas, para el hombre, esto no reemplaza el placer de la caza, porque una liebre comprada no distrae al hombre ni del examen de sí mismo, ni de la muerte, ni de la desdicha, mientras que la caza, el juego, las emociones violentas, la embriaguez producen los cuidados y vanas diversiones que hacen olvidar fácilmente cuidado más grave (PASCAL).

Recuérdame siempre, conciencia, que no puedo dañar impunemente á nadie, y que hiriendo á un sér viviente, hiero también mi alma (MERCIER).

Hace algunos años, oí el coloquio siguiente, entre un joven cazador y un viejo discípulo de San Huberto, que había abandonado ya tal diversión, al comprender cuánta crueldad é inmoralidad implicaba.

EL JOVEN CAZADOR (*con aplomo*). ¿Qué mal vé usted en la caza?

EL EXCAZADOR. Revela instintos perversos matar animales por gusto.

Es imposible, en efecto, demostrar este principio, á fuerza de ser sencillo, claro y preciso. Así, el cazador joven no abandonó su diversión, y aun se entrega á ella. Pero la convicción de que la caza es un placer inocente, ya no la tiene tan arraigada, y

su conciencia no está ya tranquila respecto de una acción que antes consideraba como inofensiva.

Es evidente que el joven no cazará ya mucho tiempo.

Hay que esperar que el artículo que se va á leer producirá un efecto saludable entre los lectores. Plegue á Dios que sean numerosos, sobre todo entre los jóvenes.

1

Preguntad á cualquier cazador: «¿Cuál es el atractivo dominante de la caza?» Pocos son los que contestan que es el placer de perseguir y matar las piezas. La gran mayoría os dirá que su placer no consiste en la matanza, sino en las circunstancias que la acompañan.

«Se cree equivocadamente, dirá el cazador, que el acto de matar las piezas es el principal placer de la caza. Si así fuese, sería mucho más sencillo ir á degollar las terneras y las gallinas del corral. No es persiguiendo y matando á los animales como se goza del atractivo de la caza, sino en las diversas sensaciones é impresiones que experimenta el cazador, desde que sale de su casa hasta que vuelve á ella. La caza proporciona al hombre, ocupado en

un trabajo monótono, la posibilidad de olvidar sus preocupaciones cotidianas, de sustraerse á los cuidados convencionales de nuestra vida, y de vivir, durante unos instantes, en comunión con la naturaleza. Y esta comunión durante la caza no se limita á una contemplación pasiva; sufre la ley que rige á todo sér viviente, la lucha por la existencia y se identifica con la naturaleza.

»El cazador ejerce no sólo su fuerza física, la habilidad y agilidad de sus movimientos, la precisión de golpe de vista, y la firmeza de su brazo, sino también sus facultades morales: la energía, la audacia, la entereza. Así, además de vivir en el seno de la naturaleza, el cazador desarrolla en él las aptitudes físicas y morales que, durante su existencia mundana ó sedentaria, ó permanecen inactivas ó disminuyen.

»Desde tal punto de vista, la caza es educadora para los jóvenes; les enseña á contar con sus fuerzas, á no necesitar auxilio ajeno. Esto es muy útil, particularmente para aquellos que, desde su infancia, están acostumbrados á recurrir al trabajo ajeno cuando hay que desplegar la fuerza física. Además,

la pasión por la caza es provechosa, porque preserva á los jóvenes contra las tentaciones dañosas moral y físicamente, tales como la pasión del vino, del juego, de las mujeres. Con razón se considera la caza como una distracción viril y noble, y la honran todos los pueblos desde los tiempos más remotos».

Así razonan los cazadores, que quieren justificar su distracción favorita. A primera vista, parecen fundadas sus razones. ¿Son verdaderamente de peso?

Durante muchos años, he sido cazador apasionado; la caza era para mí una pasión muy seria; no sólo trataba de ser un cazador hábil, sino que estudiaba la teoría. Nada me ocupaba tanto como la caza, y no conocía emociones más vivas y deliciosas que las que experimentaba cazando.

A pesar de todo, sentía á veces mis dudas sobre la legitimidad de tal placer. No queriendo privarme de él, buscaba toda especie de excusas, y, al principio, esto me bastó. Pero aumentaron las dudas con el tiempo, y emponzoñaron mi diversión.

Así es como un reproche apenas perceptible de

mi conciencia fué creciendo y acabó por alarmarme seriamente.

Miré la verdad cara á cara y comprendí la crueldad de la caza. Ahora sólo veo en la caza un acto inhumano y sanguinario, propio solamente de los salvajes y de los hombres que llevan una vida inconsciente, que no se armoniza con el grado moral á que creemos haber llegado.

Cesé de cazar, pero durante mucho tiempo aun, cada vez que recordaba el placer que sintiera, dábanme ganas de reincidir. Hoy, á Dios gracias, ha desaparecido la tentación, y puedo, mirando tranquilamente á lo pasado, recapitular todos mis pensamientos é impresiones.

II

Se dice que lo interesante no es la caza, sino las circunstancias en que se hace.

Si esto fuera verdad, la sola comunión del cazador con la naturaleza podría satisfacerle. Sin embargo, ni los paseos á pie ó en coche, ni los trabajos de jardinería ó de labranza, ni cuanto se ejecuta en el seno de la naturaleza, indemnizan al cazador de este goce particular, que comprende únicamente el verdadero aficionado, como dicen orgullosamente los discípulos de San Huberto.

¿En qué consisten esta sensación del cazador y el goce que produce?

Digan lo que quieran, el placer dominante de la caza está en la persecución y asesinato de los animales. Tal es su fin, tal su atractivo.

Se dice también que este atractivo resulta de que el cazador experimenta la ley propia de todo sér, la lucha por la existencia, y se identifica con la naturaleza.

Esta explicación podría darse por buena, si el hombre cazara por necesidad; pero esto no sucede jamás ni á los ricos, ni á los más modestos. Además, la lucha por la existencia tiene para el hombre un sentido particular, que no puede equipararse al de la caza. Es verdad que en la naturaleza todo lucha sin cesar por la existencia. Hasta en los animales, la lucha no se limita á que el más fuerte mate al más débil, sino que emplean también muchos esfuerzos y astucia en la lucha contra los elementos naturales. Se construyen ábrigos contra la intemperie de las estaciones y se entregan á muchas ocupaciones parecidas. Para el hombre, la forma principal de la lucha por la vida es la construcción de casas, la confección de vestidos, y la preocupación del alimento cotidiano que exige la preparación de plantas alimenticias. A medida que nos alejamos del estado primitivo, las formas de esa lucha se modifican progresivamente. La primera

fase de esta lucha, la caza, se parece á la lucha de los animales. Pero con el desarrollo de las condiciones de la vida, esta lucha grosera contra las bestias es inútil. Hoy, el asesinato de los animales hasta para la alimentación es superfluo, como lo prueba el número cada vez mayor de personas que se alimentan intencionadamente de alimentos vegetales ó de lacticinios.

He aquí por qué la caza no es hoy una forma natural de la lucha por la vida, sino un retroceso voluntario al estado salvaje, con la diferencia de que la caza era una ocupación natural del hombre primitivo, y esta ocupación en el hombre civilizado no hace más que desarrollar en él los instintos bestiales que la conciencia reprueba.

Basta imaginar la conducta del hombre mientras caza, para convencerse de que, dando libre impulso á sus peores instintos, realiza actos cuya sola idea le avergonzaría en otras ocasiones.

Existe una serie de actos y de procedimientos que con razón se consideran indignos de un hombre honrado.

La superchería, la perfidia, las trampas, la embos-

cada, el ataque de muchos contra uno solo, del débil por el fuerte, el robo de los hijos á sus padres y de los padres á sus hijos, son otros tantos actos viles por sí mismos, aun prescindiendo de la calidad de las víctimas. Sin embargo, por una contradicción inconcebible, todos estos actos viles y criminales, se realizan sin escrúpulo, abiertamente, en la caza, y contra seres inofensivos, por los mismos hombres que rehusarían dar la mano á quien obrara de igual modo con un hombre. Diríase que los hombres sienten tanto no poder dañarse entre sí, que van al campo y al bosque para vengarse de su abstinencia sobre seres vivientes y para dar rienda suelta á sus más bajos instintos.

Destripar, romper una cabeza contra un árbol, descuartizar son los actos más comunes y necesarios en la caza. Es, sin embargo, natural compadecerse de los animales. ¿Por qué, pues, en la caza los hombres no sólo no sienten lástima por los animales, sino que ni aun les avergüenza sorprenderles, perseguirles y atormentarles por todos los medios posibles? Todos los hombres cometen en la caza actos que valdrían una repulsa ó unos azotes á los

muchachos callejeros, si los perpetraran en animales que no fueran de caza.

Examinen los cazadores su conducta con los seres que persiguen; pónganse por un instante en su lugar, y se verán obligados á reconocer la verdad de lo dicho.

III

Nos sentimos orgullosos del progreso de nuestra civilización, examinamos con gusto lo que consideramos como conquistas suyas en todos los ramos de la vida social, y no advertimos que nuestra existencia se funda á menudo en los principios más injustos y crueles, ni que la humanidad del porvenir hablará de ellos con igual repulsión que la que hoy experimentamos por la esclavitud y los tormentos.

Es verdad que la caza no es la mayor de las infamias que nos quedan de lo pasado; pero el aumento desvergonzado que ha adquirido en nuestro tiempo, es muy instructivo. La enseñanza que de ello se deduce, es esta: Que no se puede disimular el objeto

de la caza con palabras rimbombantes, que sirven para ocultar el verdadero carácter de las manifestaciones bárbaras. Pero la razón siempre está dispuesta á justificar toda villanía. Esto es lo que me sucedió cuando empecé á dudar de la inocencia de la caza, y no quería privarme del disfrute de tal placer. Vergüenza me da recordar las justificaciones ingeniosas que inventaba en aquella época, para tener el derecho moral de entregarme á mi distracción favorita.

Recuerdo que una de esas justificaciones consistía en decirme que todo animal, de presa ó no, destruye otros seres vivientes. El lobo se come á los carneros y liebres; éstos se tragan con la hierba gran cantidad de insectos que también desean vivir. Así, matando en la caza un solo animal, salvo con ello la vida de los seres que ese animal habría destruído, si continuara viviendo.

Satisfecho con este pretexto, que me parecía una razón convincente, continuaba cazando.

Un día, apostado en la linde del bosque durante una batida, derribé de un tiro á un lobo, y luego fui hacia él para rematarlo con un garrote que tenía

preparado para tal objeto. Le di en la nariz, el sitio más sensible del animal. Me miró á los ojos, y á cada golpe lanzaba un suspiro ahogado. Pronto se agitaron convulsivamente sus patas, se estiraron, moviólas un ligero estremecimiento, y después quedaron rígidas. Volví rápidamente á mi sitio muy emocionado, y me oculté detrás de un árbol, acechando una nueva víctima.

Por la noche, en la cama, me acordé de mis impresiones durante el día, y me representé el momento en que oí cerca de mí un ruido entre los matorrales y apareció el lobo, lanzando miradas en torno. Me acuerdo de que el animal no me vió, y que oyendo detrás de él los gritos de los ojeadores, huyó del bosque para lanzarse á campo traviesa, y de como en aquel instante le derribó la bala de mi fusil y como lo rematé.

Aquel recuerdo me hacía latir el corazón y sentía con delicia las emociones de la jornada. Sentía una verdadera voluptuosidad recordando los padecimientos del animal expirante.

Pero, poco á poco, sentí malestar y después comprendí, por el corazón y no por la razón, que ese

asesinato era una mala acción, y aun peor que ella el placer que me procuraba, y mucho peor aun, la mala fe con que trataba de justificarme.

Únicamente entonces la razón me demostró la falsedad de mi argumentación anterior en pro de la caza; y que el lobo podía decir de igual modo que, comiéndose las liebres, salvaba á los insectos tragados al mismo tiempo que la hierba; que las liebres podrían razonar de igual modo, y que los insectos también se disculparían á su vez.

Este mal sofisma no vale quizá la pena de ser recordado; pero, analizando los sofismas, se acuerda uno de su analogía con las grandes frases conque estamos acostumbrados á velar las infamias mayores de la vida moderna y que tan corrientes son en la sociedad.

Me acuerdo de la época en que el peligro corrido por los cazadores en las grandes batidas, adquiría á mis ojos gran valor. No notaba entonces que los hombres se las componen siempre de modo que corran menos riesgo que las fieras, y que, además, arriesgando la vida por puro capricho, lejos de disminuir su culpabilidad, la aumentan. Existen tantos medios

de servir al prójimo arriesgando la vida, que es un crimen exponerla por gusto.

Pero si los cazadores se alaban del peligro que corren á veces, no advierten jamás el peligro moral, incomparablemente más grande, que corren cada vez que cazan.

IV

La compasión es una de las más preciosas facultades del alma humana. Compadeciéndose de los sufrimientos de un sér viviente, el hombre se olvida de sí mismo y comprende la situación de la desdicha. Por medio de este sentimiento se sustrae á su propio pensamiento, y adquiere la posibilidad de unir su existencia á la de los otros seres vivientes.

Ejerciendo y desarrollando esta facultad, el hombre se encamina hacia la vida impersonal que eleva á más alto grado su conciencia y le proporciona la mayor dicha asequible. Así, la piedad que sirve para endulzar las penas ajenas, resulta aún más útil para quien la siente.

Budha (Çakia-Muni), el apóstol de la piedad, prohibía á sus discípulos matar á los seres animados.

Una leyenda conmovedora cuenta que uno de sus discípulos, un peregrino, encontró un perro cubierto de llagas y comido por los gusanos. El peregrino se inclinó, cogió con sus manos á los gusanos, los reunió en montón en el camino, y se alejó. Pero reflexionó que había quitado á los gusanos su alimento y que morirían de inanición. Sintió lástima, desanduvo lo andado, cortó un trozo de su propia pierna, y lo colocó junto á los gusanos, á fin de que pudieran alimentarse. Y entonces continuó su camino, ya tranquilo el ánimo.

Esta leyenda es instructiva, no en el sentido de que debamos dejarnos comer por los gusanos, sino porque indica que la piedad no debe tener límites, y que jamás debe rechazarse tal sentimiento, sino acogerlo por el contrario.

La piedad es siempre igual, ya se experimente por un hombre ó por una mosca. En uno ú otro caso, el hombre accesible á la piedad abandona el egoísmo y siente mejor las satisfacciones morales de la vida. He aquí por qué el hombre debe particular-

mente apreciar toda piedad que experimente por cualquier sér viviente. Apenas apunta este sentimiento por un motivo fútil, hay que dejarle crecer y no ahogarle.

El hombre que comprende toda la importancia moral de la piedad, no retrocederá ante el temor de que sus manifestaciones puedan hacerle parecer ridículo á los ojos de los demás. Nada le importa que, soltando un ratón cogido en la ratonera, en vez de matarlo, provoque las burlas ó la desaprobación, puesto que sabe que no tan sólo ha salvado de la muerte á un animal que anhelaba vivir, sino que ha dejado manifestarse el sentimiento de la compasión, y ha dado así un paso hacia la era superior del amor universal, que, no teniendo límites, le libra de la muerte y le identifica con la vida.

Los cazadores obran de un modo diametralmente opuesto; no una sola vez por casualidad, sino siempre, ahogan en sí el precioso sentimiento de la caridad. Es poco probable que entre los cazadores haya uno solo que no experimente, una vez por lo menos, algo de piedad por sus víctimas, pero siempre trata de dominar tal sentimiento considerándolo como

una debilidad. Así se aplasta, apenas nacida, la flor de la piedad, que, creciendo, haría desarrollarse el sentimiento más elevado y perfecto del amor. En este constante suicidio moral estriba el mal peor de la caza.

V

Mírese como se quiera, la caza es un acto estúpido, cruel y pernicioso para el sentimiento moral. No es extraño, pues, que además de su maldad para con los animales, los cazadores manifiesten en sus mutuas relaciones sentimientos no menos egoístas: el amor propio exagerado, la vanidad, la mentira, la envidia, la malevolencia. Todo cazador que analice imparcialmente sus impresiones de caza, convendrá en ello.

El famoso cuadro de Perov, *El cazador*, expresa perfectamente uno de los aspectos de estas relaciones entre cazadores.

En un almuerzo en el campo, un hombre de edad

madura cuenta sus aventuras de caza y evidentemente las exagera. Su compañero, que es joven, parece bastante cándido para creer en tal relato. Pero otro comensal se rasca la cabeza con una expresión de desconfianza que excluye toda ilusión de respeto por el viejo embustero.

Otro cuadro. En una caza á caballo, los perros alcanzan á una zorra á dos pasos de su madriguera. Uno la coge por el cuello, otro por el cuarto trasero y tiran desesperadamente. La zorra, con las fauces abiertas, está medio muerta de terror y dolor. Los cazadores llegan y gozan de aquel espectáculo con alegría cruel. Uno va hacia el animal, empuñando el garrote con que ha de rematarlo. Otro, muy viejo, deteniendo el caballo, fija una mirada feroz en la víctima expirante. Los otros cazadores acuden de todas partes.

El pintor ha representado uno de los episodios más comunes de tales cazas, sin ninguna segunda intención. Pero el espectador que no es cazador, al ver aquella escena repugnante, se pregunta á su pesar: ¿Cuál de los actores de ese drama es más bes

tial: los perros excitados y rabiosos, ó el dueño que les han enfurecido?

Hay otro cuadro de un pintor inglés, *Una tranquila noche de otoño*, que es conmovedor de todo punto. En la margen escarpada de un lago pintoresco, iluminado por la luna, aparece tendido un gran ciervo herido, del que los cazadores perdieron la huella. Está moribundo. Junto á él, la cierva, con la cabeza levantada hacia el cielo, vierte lágrimas y lanza quejas desesperadas. Su cara expresa tal pena, tal padecimiento, que no es posible no indignarse pensando en los hombres que, después de haber realizado esa hazaña sangrienta é inútil, se calientan junto á una chimenea, sentados en muelles sillones, y beben, y fuman y hablan de sus proezas de caza.

Si se pudiera expresar en un solo cuadro todos los padecimientos, toda la desesperación que durante su vida ha causado un solo cazador á los animales que ha perseguido, herido y matado, es probable que, por muy duro que fuera su corazón, sintiera vergüenza de sus actos.

Es superfluo, creo, demostrar la influencia perniciosa de la caza sobre la juventud. Cuando el niño

ó el adolescente vé la seriedad con que los adultos se entregan á un placer tan vano como es el de la caza, el cuidado y la solemnidad con que se preparan á ella, el placer con que esos hombres á quienes respetan hacen padecer á seres indefensos, es difícil preguntar á este niño ó á este adolescente la noción justa acerca del bien y del mal, sobre lo importante y lo fútil, sobre lo que es digno de respeto é imitación y lo que merece reprobación y desprecio. Asusta verdaderamente pensar en qué condiciones se desarrolla nuestra juventud, en la atmósfera de mal legitimado, de vicio aprobado que respiran los jóvenes, cuando su desarrollo moral tiene más necesidad de aire puro, de bien y de verdad.

Se cree que la caza da á los jóvenes, obligados á un trabajo sedentario, las ventajas de un ejercicio físico al aire libre. Es el último argumento y el más débil, porque la ocupación más noble y apacible, la que realiza el mismo fin, es el trabajo de los campos en sus numerosas y diversas aplicaciones: la labranza, la siembra, la recolección, la poda de árboles, la jardinería, la cría de ganado, etc. No se acabaría de enumerar las diversas ocupaciones que exigen tan-

tos ejercicios físicos, tanto arte y habilidad como todos los *sports* imaginables. En estas ocupaciones, la comunión con la naturaleza es constante, y por medio de ellas, el hombre enseña á los animales, preparándoles para un trabajo útil mucho más provechoso que el placer dañino del cazador.

*
**

Habiendo dicho lo que deseaba acerca del placer cruel de los cazadores, sólo espero burlas de su parte. Pero no me dirijo á los hombres formados, sino á los jóvenes cuya conciencia habla aún y es susceptible de mejorarse; á los jóvenes que son bastante osados para juzgar de las opiniones hechas y en caso necesario para modificarlas, aun cuando de ello resultara la obligación de abandonar una distracción favorita.



LA DICHA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



LA DICHA

I

Jesucristo nos revela la verdad. Si la verdad existe teóricamente, debe existir prácticamente. Si la vida en Dios es dichosa y verdadera, debe serlo aplicada á la vida real, pues ó la vida real debe poder adaptarse á la doctrina de Jesucristo, ó la tal doctrina es falsa.

Jesucristo nos llama de las tinieblas á la luz, no de la luz á las tinieblas. Siente lástima por los hombres y los trata como ovejas descarriadas. Para

atraerlos, les promete un buen pastor y pastos abundantes. Advierte, sin embargo, á sus discípulos que padecerán por su doctrina y les adjura á que sean valerosos. Pero no dice que, siguiéndole, padecerán más que siguiendo al mundo. Dice que la moral de los hombres hace á éstos desdichados y que sus discípulos hallarán la dicha.

Es bien cierto que esta enseñanza es la de Jesucristo; la claridad de sus palabras, el sentido general de su doctrina, su vida y la de sus discípulos, son otras tantas pruebas de ello.

Se concibe que los discípulos de Jesucristo sean más dichosos que los hombres que siguen la moral del mundo; los primeros, sembrando el bien, no provocan ningún odio: sólo se hallan expuestos á las persecuciones de los malos. Los partidarios del mundo, en cambio, tienen por ley de la vida la ley de la lucha y se devoran entre sí. Por otra parte, iguales son para todos los hombres las pruebas á que se les somete. Pero mientras los discípulos de Jesucristo las soportan con calma y las juzgan necesarias, los discípulos del mundo se rebelan con todas sus fuerzas, é ignoran por qué sufren.

Evoque cada cual los momentos penosos de su existencia, acuérdesese de sus padecimientos físicos y morales, y pregúntese en nombre de qué principios ha soportado tantos males: ¿es por la fe de Cristo ó por la del mundo? Si un hombre sincero repasa el curso de su existencia, verá que jamás ha padecido por haber seguido la doctrina de Jesucristo, y que la mayor parte de sus desdichas provinieron de que, resistiendo á los mandatos de su conciencia, siguió la moral del mundo.

En mi vida, dichosa si se considera desde el punto de vista del mundo, la suma de padecimientos que he sufrido por el mundo bastaría á convertirme en un mártir cristiano. Todos los vicios que han manchado mi vida, empezando por la borrachera y la disipación de mis años de estudiante y acabando por los desafíos, las enfermedades y las condiciones anormales y penosas en que lucho, todo es un martirio traído en ofrenda al altar del mundo.

Hablo sólo de mi vida personal, excepcionalmente dichosa á juicio del mundo. ¡Cuántas víctimas del mundo habrá de las que no puedo ni imaginar los padecimientos!

Estamos persuadidos de que las desdichas que nosotros mismos nos acarreamos son las condiciones normales de la vida. Por lo mismo, no podemos comprender que Jesucristo nos diga que nos apartemos del mal y vivamos dichosos.

II

Examinad una multitud, particularmente las de las ciudades. Ved esos rostros fatigados, inquietos; acordaos de vuestra vida y de la de los hombres que hayáis conocido íntimamente; acordaos de las muertes violentas, de los suicidios de que habéis oído hablar, preguntaos el por qué de esas muertes, de esos padecimientos y de esas desesperaciones, y veréis, por muy raro que os parezca, que la causa de las nueve décimas partes de los padecimientos humanos depende de la vida actual del mundo, que esos padecimientos son inútiles, que podrían no ser y que la mayoría de los hombres son mártires de las ideas mundanas.

Recientemente, durante un domingo lluvioso de otoño, atravesé en tranvía el mercado que existe cerca de la torre de Sukharev. En una extensión de medio kilómetro, el coche dividió una multitud compacta que volvía á cerrarse detrás de nosotros. Desde la mañana hasta la noche, estos millares de hombres, casi todos hambrientos y andrajosos, pisan el suelo fangoso, disputan, se engañan y se aborrecen. Es lo mismo que lo que ocurre en todos los mercados de Moscou y de las otras ciudades. Esos hombres pasarán sus veladas en las tabernas, y por la noche se esconderán en sus agujeros y zahurdas. El domingo es para ellos un gran día. El lunes vuelven á empezar su existencia maldita.

Reflexionando sobre la existencia de esos hombres, pensando en el estado que dejan y en el que escogen, considerad á qué trabajos se entregan, y veréis que son unos mártires.

Todos ellos han abandonado sus campos, sus casas, sus padres y sus hermanos, y á menudo á sus mujeres y á sus hijos.

Han renunciado á todo, y han acudido á la ciudad para adquirir lo que el mundo cree necesario.

Todos hacen lo mismo, desde el obrero de la fábrica, el cochero, la costurera, la prostituta, hasta el comerciante enriquecido, el empleado, y sus mujeres, sin hablar de las docenas de miles de desdichados que todo lo han perdido, y que viven de desperdicios y de aguardiente en los asilos de noche.

Examinad esa multitud desde el pobre al rico; buscad á quién se crea satisfecho y estime poseer lo que el mundo cree necesario, y no hallaréis uno entre mil. Todos se dirigen á adquirir lo que el mundo impone, y cuya ausencia constituye para ese mismo mundo una desdicha. Pero tan pronto como han adquirido lo codiciado, el mundo presenta otra cosa más necesaria, y el trabajo de Sísifo obra eternamente. Considerad la escala social desde el hombre que gasta 300 rublos hasta el que tira 50.000; y veréis que no hay uno que no se encarnice en el trabajo, para adquirir 400 si tiene 300, que no suspire por 500 si tiene 400, y así por el estilo. No hay uno que si tiene 500 rublos quiera bajar á la situación del que posee 400; y si acaso el de los 500 sólo gasta 400, es para acumular más y más.

Hoy, este hombre tiene un traje elegante, maña-

na querrá un reloj y una cadena; pasado mañana una habitación con divanes y espejos, alfombras para el salón y cortinajes de terciopelo; y después, una casa, caballos, cuabras. En fin, como resultado de ese esfuerzo excesivo, enferma y muere. Otro continúa su obra é inmola su vida al mismo Moloch; muere también sin saber por qué ha trabajado tanto. ¿Quizá será que tal vida resulta feliz por sí misma?

Comparémosla con la que los hombres entienden por la dicha, y veremos que es espantosamente desdichada.

III

¿Cuáles son las primeras condiciones de la dicha, aquellas que nadie puede discutir?

Una de las primeras condiciones, admitida por todos, es la integridad del lazo que une al hombre con la naturaleza, es decir, á la luz del sol, al aire libre, á los campos, á las plantas, á los animales. Siempre y en todo tiempo los hombres han considerado como una desdicha la privación de tales bienes. Es la que el preso siente más. Ved ahora la existencia de los hombres que viven según el código del mundo. Cuanto más alta es su situación en el mundo, más grande es su privación de tal condi-

ción de la dicha, y menos están en comunidad con la naturaleza.

La mayoría de ellos—y casi todas las mujeres—llegan á la vejez sin haber contemplado más que una ó dos veces, en su vida, la salida del sol, los hermosos campos y los bosques por alguna ventanilla de vagón ó de coche, sin haber sembrado una planta, criado una vaca, un caballo ó una gallina, sin saber siquiera como nacen, crecen y viven los animales. No conocen más que los tejidos, las piedras, la madera, trabajados por manos del hombre, y aun los ven, no á la luz del sol, sino con luz artificial; no oyen más que el ruido de las máquinas, de los coches, de los cañones, el ruido artificial de los instrumentos de música, respiran los perfumes execrables del alcohol y del humo del tabaco; sólo sienten bajo sus manos y sus pies los tejidos y la madera; comen y envían á su estómago debilitado alimentos pasados y mal olientes. Sus viajes no les libertan de su esclavitud; se hacen arrastrar dentro de cajas cerradas, y donde quieran que vayan, á la campiña ó al extranjero, pisan la misma madera, la misma piedra: los mismos cortinajes les ocultan la

luz del día; los mismos lacayos, cocheros ó porteros interceptan su comunicación con los campos, las plantas y las bestias. Donde quiera que van están privados, lo mismo que los presos, de esa dicha que proporciona la naturaleza. Así como estos últimos se consuelan viendo la hierba que crece en el patio de su cárcel, ó por el paso rápido de una araña ó de un ratoncillo, igualmente esos hombres se consuelan admirando las raquílicas plantas de los invernaderos ó jugando con un perrito, ó un loro ó un mono, criado y alimentado por mercenarios.

Otra condición necesaria para la dicha es el trabajo: el trabajo simpático y libre; el trabajo físico que abre el apetito y engendra el sueño profundo y confortante. Cuanto más envidiable es, según el mundo, la posición de un hombre, más apartada se halla de esta segunda condición de dicha. Todos los dichosos de este mundo—los empleados y los ricos—están privados de todo trabajo físico, lo mismo que los presos. Luchan, pero en vano, contra las enfermedades, fruto de esta privación, y contra el aburrimiento que les roe. Digo que su lucha es vana, porque un trabajo sólo es sano cuando es nece-

sario, y á ellos nada les falta. En otros casos, los hombres de mundo hacen un trabajo que aborrecen, como los banqueros, procuradores y otros. Digo que aborrecen porque nunca he encontrado entre ellos un hombre que experimentara, gracias á su trabajo, un placer igual al del portero que barre la nieve de la calle. Todos estos afortunados que, ó no trabajan ó hacen un trabajo que aborrecen, se hallan en igual situación que los presidiarios.

La familia es la tercera condición indispensable de la dicha.

Tampoco un hombre de mundo conoce esta dicha. La mayoría de los hombres de mundo son adúlteros que renuncian á las alegrías del hogar. Hasta sus hijos legítimos les pesan. Se privan de la alegría de vivir con ellos, pues les confían á preceptores extranjeros que no hacen más que pervertirlos. Los hijos son, desde su juventud, tan desgraciados como sus padres, y sólo esperan á que éstos mueran para gozar de su fortuna.

Lo que admira es oír á los padres justificarse por este razonamiento: «Yo nada necesito; me pesa la vida; pero vivo y trabajo para mis hijos». Es decir:

«Sé por experiencia que nuestra vida es desdichada, y como consecuencia, educo á mis hijos de modo que sean tan desgraciados como yo. Para que sean felices, les llevo á una ciudad llena de infecciones físicas y morales, les confío á manos mercenarias, y pervierto de este modo á mis hijos física, moral é intelectualmente».

La cuarta condición de la dicha estriba en el libre y benévolo comercio con los hombres. Tampoco los hombres de mundo gozan de tal condición. Cuanto más alto se está, más estrecho es el círculo de las relaciones, mientras que al obrero y á su mujer la humanidad entera es asequible. Aun cuando un millón de hombres no quiera bajar hasta ellos, quedan ochenta millones de obreros como ellos, desde Arkhangel á Astrakhán, con los cuales les unen lazos estrechos y fraternales sin necesidad de visita y presentación. Para un empleado y su mujer, hay centenares de iguales, pero los superiores les excluyen de su círculo y los inferiores están igualmente separados de ellos. En cuanto al ministro, al millonario y sus familias, sus relaciones se ciñen á una docena de personas, tan enco-

petadas y tan ricas como ellos. ¿No es esa la vida del preso, rodeado de dos ó tres carceleros?

Hay, en fin, una quinta condición de dicha, que consiste en la salud y en la muerte sin padecimiento. Tampoco hallamos aquí la dicha en las esferas elevadas del mundo.

Ved un hombre de mediana fortuna y á su mujer, y á un labriego y á la suya, que también tengan regular posición. Comparad sus vidas y veréis, á pesar de las privaciones y el trabajo excesivo que soporta el labriego, que hombres y mujeres tienen tanta más salud cuanto más bajo están en la escala social y que más enfermizos resultan cuanto más altos hállanse colocados. En las clases altas, un hombre que no tiene que salir á baños en verano, es un caso tan excepcional, como un hombre enfermizo entre los obreros. Todos esos dichosos, sin excepción, empezaron por una depravación precoz, que se ha convertido en una condición natural en su medio ambiente. Todos están calvos y no tienen dientes en la edad en que el labriego está en pleno uso de sus fuerzas. Todos padecen enfermedades nerviosas, del estómago ó de otros órganos, acarrea-

das por los excesos de toda especie, por la embriaguez, por la disipación y por los tratamientos médicos. Los que no mueren jóvenes, pasan la mitad de su vida inyectándose morfina; se convierten en valetudinarios incapaces de gozar que viven como parásitos, á modo de esas hormigas que se hacen alimentar por sus esclavas. Ved su muerte: éste se suicida, el otro sucumbe á consecuencia de una enfermedad inconfesable. Uno tras otro, mueren todos víctimas de la vida actual del mundo. Y las multitudes les siguen y, como los mártires, esos hombres buscan los padecimientos y el aniquilamiento.

Existencias enteras quedan aplastadas bajo el carro de Jagernaut: el carro pasa, les aplasta, y otras nuevas víctimas caen bajo sus ruedas con la maldición en los labios.

IV

Se afirma que la doctrina de Jesucristo es difícil de concebir cuando dice: «El que quiera seguirme debe abandonar sus tierras, su casa, sus hermanos y hermanas, y venir á mí que soy Dios, y el que me siga, recibirá de mí cien veces lo que pierde». Cuando el mundo dice: «Abandona tu casa, tus campos, tus hermanos y acude á la ciudad infecta», á nadie se le antoja difícil el precepto. Las mismas familias aconsejan la marcha á sus hijos.

¡Ah! si el objeto del mundo fuera fácil de alcanzar, agradable y sin peligro, podría creerse que el de Jesucristo es difícil y aterrador. En realidad la moral

del mundo cuesta más de seguir que la de Jesucristo.

Hubo, se dice, en otro tiempo, mártires de la doctrina de Jesucristo. Resulta esto un hecho excepcional. En el espacio de mil ochocientos años, se cuentan 380,000 mártires voluntarios ó involuntarios de Jesucristo; contad ahora los mártires que ha hecho el mundo. Veréis que, por cada mártir de Jesucristo, hay mil mártires del mundo, mártires cuyos padecimientos han sido cien veces más crueles. Sólo la cifra de los hombres que han muerto en las guerras de nuestro siglo, sube á 30 millones.

Todos esos son mártires del mundo, porque si la humanidad siguiera las enseñanzas de Jesucristo, no se matarían entre sí los hombres. Cuando el hombre haya cesado de creer en las ideas del mundo que impone los entorchados, la cadena de oro y el salón inútil; cuando sepa evitar las tonterías que el mundo exige, no conocerá ya ni padecimientos ni cuidados, ni trabajo sin objeto y sin reposo. No se privará ya de la naturaleza, del trabajo que le es armónico, de su familia, de su salud; no morirá de muerte degradante ó dolorosa.

Jesucristo no exige el martirio. Nos enseña, por el contrario, que no nos atormentemos con ideas falsas.

La enseñanza de Jesucristo tiene un sentido metafísico profundo; este sentido es universal, abraza á toda la humanidad, pero es claro, simple y práctico, y adaptado á la vida de todos los hombres. Puede resumirse así: Jesucristo enseña á los hombres á no hacer tonterías. Es la expresión más sencilla y comprensible de su doctrina.

Jesucristo dice: «No te encolerices, no trates de hacerte superior á nadie, porque es tonto. Si te enfadas, si insultas á tu hermano, padecerás por ello». Dice después: «No devuelvas mal por mal, porque el mal que hayas hecho, lo padecerás tú centuplicado». Y añade: «No trates como extraños á los hombres de otra tierra y de otra lengua que la tuya. Si les miras como enemigo, despertarás iguales sentimientos, y será peor para tí. Evita tales tonterías, y te irá bien».

«Sí, se contesta, pero la sociedad está constituida de tal modo, que es imposible resistirsele. Si el hombre no adquiriera lo necesario exigido por el mun-

do, él y su familia perecerían». Así hablan los hombres, pero no piensan así en el fondo.

En el fondo, no creen en lo que dicen. Creen en la moral del mundo. Temen la doctrina de Jesucristo, á pretexto de que impone padecimientos. Ahora bien; vemos los males innumerables que padecen los hombres en nombre de la moral del mundo, pero no vemos ya en nuestra época los padecimientos que soportan en nombre de la moral de Jesucristo. 30 millones de hombres han perecido en las guerras, y millones y millones han muerto por la vida abrumadora que exigen las convenciones sociales; pero yo no podría citar ni millones, ni millares, ni siquiera un hombre, que haya muerto ó haya llevado una vida desastrada, por seguir la doctrina de Cristo. Resulta, pues, que esta doctrina nos es desconocida, que nunca la hemos aceptado seriamente, y creemos á quienes nos dicen que la doctrina del Crucificado no era una regla de vida posible.

El caso es que Jesucristo llama á los hombres hacia un manantial que brota cerca de ellos. Padecen sed, comen barro, beben la sangre de sus semejantes, pues sus dueños les han dicho que morirían

si acudían á la fuente á que les convida Jesucristo. Los hombres mueren de sed á dos pasos del agua viva, sin osar acercarse á ella. Bastaría, sin embargo, tener fe en Jesucristo, é ir todos nosotros sedientos hacia el manantial, y entonces aparecería la perfidia de nuestros dueños, advertiríamos la puerilidad de nuestros padecimientos y comprenderíamos cuán próxima estaba nuestra salvación. Así se disiparía la espantosa mentira que nos oprime y nos ahoga.

V

De generación en generación, trabajamos para asegurar nuestras vidas por medios violentos. Para nosotros la dicha estriba en la posesión de riquezas y poder. Esta concepción de la dicha nos es tan familiar, que la palabra de Jesucristo, según la cual la dicha no está ni en el poder ni en la riqueza, se nos antoja como un sacrificio presente, necesario para comprar la felicidad futura.

Pero Jesucristo no nos pide ese sacrificio. Nos dice, por el contrario, que evitemos lo que nos es dañino y trabajemos con un fin útil para nuestra existencia

terrestre. Por amor á los hombres, ha prescrito Jesucristo no adquirir nada por la violencia, no desear los bienes ajenos, evitar toda riña entre hermanos, y confirmó esta enseñanza por el ejemplo de su propia vida.

Nos dice, es verdad, que su discípulo debe estar dispuesto á morir en todo instante de muerte violenta, de hambre ó de frío; que no debe contar como asegurada ninguna hora de su existencia. Pero esto sólo es una afirmación de los accidentes materiales á que se halla sometida la existencia de los hombres, y no una exigencia de sacrificios.

Un discípulo de Jesucristo debe estar siempre dispuesto á soportar el dolor y la muerte; pero ¿no es acaso ésta una condición natural también del que vive según la moral del mundo? De tal modo estamos acostumbrados al error, que todo lo que se ha hecho para la preservación eventual de nuestra vida, ejércitos, fortalezas, provisiones, vestidos, medicamentos, etc., nos aparece como capaz de asegurarla realmente.

Olvidamos la historia del rico que quería construir graneros, atesorar durante mucho tiempo, y

murió la misma noche. Todos los esfuerzos que hacemos para preservar nuestra vida se parecen á los que hace el avestruz cuando esconde la cabeza bajo el ala: sólo consigue no ver cómo van á matarle. Nosotros obramos peor aun que el avestruz. Para asegurar lo incierto, abandonamos lo cierto.

Nuestro error consiste en creer que nuestra vida puede ser asegurada luchando contra los hombres. Tan acostumbrados estamos á la pretendida preservación de nuestras vidas y bienes, que no notamos lo que nos hace perder. Olvidamos que no puede asegurarse la vida.

Nuestra locura no se limita ahí. No sólo sacrificamos nuestra existencia á una quimera, sino que perdemos lo que anhelábamos conservar. En 1870 los franceses se armaban para garantizar sus vidas, y centenares de miles de ellos murieron en el empeño. Lo propio ocurre á cuantos pueblos se arman para la guerra.

¡Un rico quiere asegurar con dinero su vida, y ese mismo dinero atrae al bandido que le mata! Un hombre teme la enfermedad, y quiere evitarla por medio de medicamentos, y estos mismos medicamen-

tos le matan ó le impiden gozar de la vida, como le ocurrió á ese enfermo que se pasó treinta y cinco años en la orilla de la piscina esperando al ángel.

La enseñanza de Jesucristo nos dice que la vida es incierta, que hay que estar dispuesto siempre á la muerte. Esta enseñanza es preferible á la que exige el cuidado perpetuo de los medios de asegurar su existencia. Pues en uno y otro caso la muerte es inevitable y la vida incierta, por lo menos la vida cristiana no resultará empleada en un cuidado quimérico. Libres de tal cuidado podremos ocuparnos en nuestro objeto natural, el bien propio y el ajeno.

El discípulo de Jesucristo será pobre; pero gozará de todos los beneficios de Dios por la naturaleza. Su vida no será sacrificada.

Hemos designado la dicha por un nombre que significa desgracia según el mundo: la pobreza. El discípulo de Jesucristo será pobre, vivirá en el campo y no en la ciudad; verá el sol, la tierra, el cielo, los animales: en vez de buscar los medios ficticios para excitar su apetito, comerá tres veces por día, dormirá en vez de dar vueltas sobre la cama; tendrá hijos, vivirá para ellos; comunicará libremente

con todos los hombres y ¡cosa preciosa! no hará lo que no quiere hacer y no temerá el porvenir. Como todos enfermará, padecerá y morirá, pero en su existencia la suma de dicha será más grande.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VAS"
1905 MAR 21 1905

VI

No la ociosidad sino el trabajo engendra la dicha. Un hombre no puede dejar de trabajar; es contra naturaleza. Lo mismo ocurre á todo animal, caballo ó abeja. Hay que desechar la superstición grosera que hace que únicamente consideremos feliz al que vive de sus rentas.

Hay que tener conciencia clara de lo que es el trabajo; Jesucristo lo dijo: «Sólo el que trabaja es digno de vivir». No admitía que un hombre permaneciera inactivo ó que considerara el trabajo como una maldición. Nos dice: «Cuando un hombre se aprovecha del trabajo de otro, aquél debe alimentar á éste. He aquí por qué el trabajador tiene siempre

asegurada la subsistencia». La distinción entre la moral de Cristo y la del mundo estriba en que, según la última, el trabajo es el valor de un individuo, valor que compara y cambia con otros valores tanto más grandes cuanto mayor es su trabajo. Según Jesucristo, el trabajo es condición indispensable de vida y la subsistencia es la recompensa necesaria. El trabajo produce los alimentos y los alimentos exigen trabajo.

Según la enseñanza de Jesucristo, los hombres serán tanto más dichosos cuanto mejor comprenderán el fin de la humanidad, que consiste en consagrar su vida á la dicha ajena. «Tal hombre, dice Jesús, es digno de su salario y no le faltará nunca». Jesucristo nos enseña así que se asegura la subsistencia siendo útil y necesario á los hombres.

La objeción que consiste en decir que los preceptos de Jesucristo no son realizables, que el hombre debe adquirir algunos bienes para sí y su familia, lo cual le sería imposible practicando la doctrina cristiana, tal objeción no pueden hacerla sino los hombres frívolos y malvados.

El trabajo es la condición indispensable de la

vida humana. Es injusto quitar á los demás el fruto de su trabajo; por lo contrario, todos deben aportar su trabajo para el bien común. Si los hombres se disputan los alimentos, morirán de hambre. Si algunos roban á los otros, habrá muchos que mueran de hambre, como hoy ocurre.

Todo hombre vive por la solidaridad del trabajo humano: otros hombres le han criado y educado y preservado de peligros; otros le preservan y le alimentan ahora. Así, cada individuo es criado y cuidado por otros; pero para que todos continúen preservando y alimentando á ese hombre, es necesario que á su vez sea útil y servicial. Los hombres, hasta los malvados, preservarán y alimentarán con solicitud al que trabaja por ellos.

Decida el lector qué vida es más dichosa: la del mundo ó la de Jesucristo.



PROFESION DE FE



PROFESIÓN DE FE

CARTA Á UN AMIGO

Querido amigo: Escribo «querido», no por seguir la costumbre, sino porque, desde que leí su primera carta, y la segunda sobre todo, me ha sido usted muy simpático y le quiero sinceramente. Hay, en el sentimiento que me inspira, mucho egoísmo. Quizá no lo crea usted, pero no puede usted imaginar cuán aislado estoy, hasta el punto de que mi *yo verdadero* es objeto de desprecio para cuantos me rodean. Sé que el reino de los cielos está reservado á los que sufren. Sé que únicamente en las cosas fú-

tiles puede el hombre gozar del fruto de su trabajo, ó por lo menos, ver sus resultados. Pero respecto de la obra de la verdad divina, que es eterna, el hombre puede ver las consecuencias, sobre todo en el corto periodo de la vida. Sé todo esto, y sin embargo, me desespero á menudo, y he aquí por qué nuestro encuentro, y la casi certidumbre que tengo de hallar en usted el hombre que sigue sinceramente el mismo camino que yo sigo, y tiende al mismo fin que yo deseo, son para mí gran dicha.

Y ahora, voy á proceder con orden.

Sus cartas á M*** me han gustado mucho, singularmente la última. Sus argumentos son irrefutables, pero, desgraciadamente, no le convencerán á él, porque conozco sus opiniones, desde hace mucho tiempo. Todo lo que ha dicho se vé en la vida, en los libros, y es siempre lo mismo.

Usted dice: «Esta es la verdad, y ésta la mentira, por tal y tal razón. Esto es el bien y esto es el mal, por tal y tal otra», y sus semejantes saben perfectamente que es usted veraz, antes que usted lo diga. Pero no quieren confesarlo. Viven en la mentira. Todo hombre que tiene corazón, que ama el bien y

aborrece el mal, y cuya inteligencia trata de distinguir la mentira de la verdad, debe, para continuar viviendo en la mentira y en el mal, cerrar los ojos ante la verdad. Y, para ocultar esta debilidad, invoca las leyes históricas, los puntos de vista objetivos y el cuidado de la dicha de sus semejantes.

Así obran todos los teólogos, hombres de Estado y economistas. Así obran cuantos llevan una existencia contraria al bien y á la verdad, y quieren justificarse á sus propios ojos.

«La causa de la perdición es que la luz ha llegado al mundo, y que los hombres prefieren las tinieblas á la luz, porque sus obras son malas.

»Todo el que obra mal, aborrece la luz; no viene á la luz, por miedo de que sus obras sean rechazadas.

»Pero aquel que obra según la verdad, viene á la luz, á fin de que sus obras aparezcan claras, porque están hechas conforme quiere Dios».

Esto dice el Evangelio.

No puede expresarse la cosa con más claridad, y creo que discutir con mayor amplitud con tales

hombres, sería echar margaritas á quién usted sabe. Basta simplemente guardar respecto de ellos una actitud que dispense de hacer inútiles esfuerzos. Discutir con ellos no es solamente ocioso, sino dañoso también para el fin que deseamos alcanzar.

Os obligan á decir más palabras de las que quisierais, á formular paradojas, á exagerar el pensamiento, y desdeñando la parte principal de nuestros discursos, se entretienen en inexactitudes de detalle, que ellos provocaron.

La actitud que trato de observar respecto de tales hombres—y que aconsejo á los demás—es la que guardaría con un pillastre, borracho y depravado, que quisiera arrastrar á mi hijo menor á una vida de disipación. Piedad me inspiran esos miserables libertinos, pero no trataré nunca de moralizarles, ni de volverles al buen camino, pues sé por adelantado que sería inútil mi trabajo. Un sér así es incurable, y sólo conseguiría ponerme en ridículo ante mi hijo. Este mismo, si conseguía arrancarle á la fuerza de tal compañía, un día ú otro volvería á caer en el abismo.

No trato siquiera de mostrar la indignidad de ese

libertino imaginario á mi hijo. Sería preciso que éste la descubriera por sí mismo. Mi cometido consistiría en llenar su alma joven de preceptos bastante eficaces para preservarle de las tentaciones. Obrar de otro modo, sería trabajo perdido. No sólo expondría, obrando de otro modo, á la corrupción á los seres que quiero, sino que podría extinguir esa preciosa claridad dentro de las tinieblas que nos rodean. Esta digresión me aproxima sin advertirlo al segunda y principal problema de su carta:

¿Cómo iluminar á los hombres y preservarles de las tentaciones del vicio cuando por la violencia se nos impide hacerlo? ¿Cómo conseguir la realización de la doctrina evangélica? ¿No debo tomar la defensa de los hombres, que me piden que les proteja, aun á riesgo de verme obligado á recurrir á la fuerza? ¿Debo permanecer impasible, si matan ó atormentan en mi presencia á seres humanos?

No, no se debe emplear la fuerza para socorrer y defender á nuestros semejantes, porque el bien no puede realizarse por medio de la violencia, es decir, del mal.

Le ruego á usted, querido amigo, en nombre del

Dios de la verdad, á quien usted adora, que no se arrebate, que no trate de oponerme pruebas de sus convicciones, antes de haber meditado, no en lo que voy á escribirle, sino en el Evangelio, y no el Evangelio como palabra de Dios ó de Jesucristo, sino el Evangelio considerado como la doctrina más clara, más sencilla, más comprensible y más práctica, acerca del modo como deben vivir los hombres.

¿Qué debo hacer, si á mi vista una madre pega á su hijo? Comprenda usted que no se trata de seguir mi primer impulso, sino de saber lo que debo hacer conforme quieren la prudencia y la equidad.

El primer impulso, será, como cuando me siento ofendido, de venganza; pero debo yo preguntarme si mi venganza será razonable, y debo inquirir, también, si es bueno emplear la fuerza contra esa madre que pega á su hijo. ¿Qué es lo que me repugna de tal acto? ¿Qué es lo que encuentro de malo en él? ¿que el niño padece? ¿No es quizá el hecho de que la madre siente, no las alegrías del amor maternal, sino los tormentos de la cólera? Ambas cosas quizá.

El hombre no puede hacer ningún mal. El mal

obra sobre los hombres como un disolvente, y he aquí por qué si quiero intentar algo, sólo puedo hacerlo con el fin de conseguir que desaparezca el disolvente, y se restablezca el buen acuerdo entre la madre y el niño. ¿Cómo debo proceder en tal caso? ¿Debo hacer violencia á la madre? Así, no conseguiré que desaparezca la causa de su enfado con su hijo, y cometeré tan sólo una nueva mala acción, que me alejará de ella. ¿Qué hacer entonces? ¿Ponerme en lugar del niño? Esto, por lo menos, no sería estúpido. Lo que dice Dostoievsky, y lo que me han repetido frailes y arzobispos, me repugna. Pretenden que tomar parte en la guerra y dar el alma por sus hermanos, es un derecho de legítima defensa. Siempre he contestado: « *Exponer su pecho á la ira ajena, sí; pero fusilar á sus semejantes no es una defensa, es una matanza* ».

Penétrese usted bien, amigo mío, del espíritu del Evangelio, y verá usted que el tercer mandamiento tan breve (San Mateo, cap. V, v. 38, 39), tan categórico y tan breve, que ordena «no resistir al mal, es decir, no resistir al mal por el mal», es, si no el

punto culminante, por lo menos uno de los principales eslabones de la doctrina, y precisamente tal precepto es el que rehusan observar todas las doctrinas falsamente cristianas.

Tal estado de cosas que usted aborrece tanto, existe tan sólo porque se ha desconocido, ese precepto. No hablo del concilio de Nicea, que tanto daño ha causado, y que se basó en esta interpretación de la doctrina de Cristo: La violencia en nombre del bien. Ya en tiempo de los apóstoles, aparece esta violencia en los actos de Pablo, que comprometió el sentido de la doctrina.

¡Cuántas veces he encontrado ridículos los razonamientos de los sacerdotes y de los revolucionarios con quienes hablaba, cuando advertía que consideraban la doctrina cristiana como un medio de alcanzar un fin puramente exterior! Sacerdotes y revolucionarios tienen, sin embargo, opiniones diametralmente opuestas; pero todos niegan con igual encarnizamiento la doctrina fundamental de Jesucristo. Los primeros no pueden dejar de hostigar y aplastar á los herejes, ni de animar las matanzas y ejecuciones con sus bendiciones y preces; los otros

no saben perseguir otro ideal que el de destruir por la violencia este desorden espantoso que se llama orden, y que nos rige.

Evidentemente, el clero y la aristocracia no llegan á concebir la vida humana sin la violencia. Lo propio ocurre á los revolucionarios.

Por el fruto se conoce el árbol. El árbol del bien ¿puede dar los frutos de la violencia? Pues tampoco se pueden practicar la carnicería ni la matanza en nombre de la moral de Jesucristo. He aquí por qué unos y otros, rehusando obedecer á tal doctrina, se privan de la fuerza que proporciona la fe; y entiendo la fe en la verdad completa, y no en alguna de sus ínfimas partes. Los que desenvainan la espada, por la espada perecerán. Esto no es una profecía, sino la comprobación de un hecho de todos conocido.

No se sirve á la vez á Dios y al diablo. El Evangelio no es el libro estúpido que los sacerdotes nos dicen, y todas las máximas que hay en él han sido proclamadas, no á la ligera, sino en rigurosa lógica con la doctrina entera. Esto hace que el mandamiento de no tomar venganza del mal, se despren-

de del conjunto del Evangelio. Sin este mandamiento, la doctrina cristiana, á mi juicio, se derrumbaría en un instante. No sólo la vida y la obra de Jesucristo contribuyen á establecerlo, no sólo San Juan nos muestra á Caifás haciendo perecer á Jesucristo en nombre de la fe, por ignorar esa verdad esencial; sino que está claramente expresado en los Evangelios que la resistencia al mal por la violencia es la más terrible y la más peligrosa de las tentaciones. Los discípulos de Jesucristo sucumbieron á ella. Jesucristo mismo estuvo á pique de sucumbir también.

Iré aún más lejos. Esta verdad me aparece tan sencilla y tan clara, que estoy persuadido de que la hubiera encontrado por mí mismo, aun cuando Jesucristo y su doctrina no hubiesen existido. ¿No lo cree usted así? Es evidente á mis ojos que si para combatir un mal mayor me permitiera la más ligera violencia, vendría otro, que, á su vez, emplearía la violencia, y luego otro y otro, y así, de los millo- nes de violencias aisladas surgiría de nuevo este terrible azote que reina hoy día y nos aplasta.

Así, pues, si escuchó usted mi ruego, si leyó usted

con calma lo que acabo de escribir, absteniéndose de formular argumentos en favor de sus opiniones, convendrá usted en que existen también sólidas pruebas en apoyo de las ideas contrarias á las suyas, y doblemente lo creará usted, una vez haya leído mi traducción resumida del Evangelio.

Si no me equivoco, he aquí lo que á usted le ocurre: su inteligencia me da la razón, pero su corazón protesta contra mi interpretación de la máxima: «No resistáis al mal». Usted dice: «Ciertamente, debe haber alguna obscuridad que disipar, alguna falta de razonamiento, y yo las hallaré; porque es imposible que la doctrina de Jesucristo, la doctrina del amor al prójimo me condene á contemplar indiferente el mal que se perpetra en el mundo».

Comprende usted que un viejo como yo, llegado al término de su existencia, predique la mansedumbre, y se lo explica usted, pero, en cambio, imagina que cada paso de su vida debe ser una batalla librada contra el mal, y toma la resolución de luchar contra él por todos los medios que ha encontrado ya, y por todos los que aun puede hallar. Deduce usted de ello que hay que sembrar esta verdad en-

tre el pueblo, acercarse á sus representantes socialistas evangélicos, hacer presión al gobierno, etcétera, etc.

El sentimiento que le dicta á usted tales palabras es noble, y he aquí por qué le quiero á usted. Pero es el mismo sentimiento que impulsó á San Pedro á cortar la oreja del esclavo. Imagine usted lo que hubiera ocurrido si Jesús no le detiene: una batalla. Los partidarios de Jesús hubieran quedado vencedores y apoderándose de Jerusalén. Habrían matado ó les habrían matado. ¿Qué fuera entonces de la doctrina cristiana? No existiría; y no pudiendo apoyarnos en nada, seríamos peores que los Aksakov y los Soloviev (1).

Para expresarle más completamente mi pensamiento, le diré cómo comprendo la doctrina de Jesucristo, doctrina que nada tiene de nebulosa ni metafísica, sino que es clara, y aplicable á la práctica.

La doctrina de Jesucristo reside en el amor de Dios y del prójimo. ¿Quién es Dios? ¿Qué se entien-

(1) Aksakov es un panslavista célebre, y Soloviev un antiguo profesor de filosofía de la Universidad de Moscou.

de por amor? ¿Cómo amar á Dios, que es un sér incomprendible? ¿Qué es el prójimo? ¿Qué soy yo mismo? Para mí, amar á Dios es amar á la verdad: amar al prójimo como á sí mismo es reconocer la identidad de su propia existencia con la de los otros y con la eterna verdad, que es Dios.

Usted dirá que á este Dios cada cual le comprende á su modo, y que hay hombres que le niegan. ¿Cómo podré amar al prójimo como á mí mismo, si existe en mí un sentimiento egoísta innato, del que no puedo deshacerme?

Digo todo esto, á fin de hacer resaltar que *la significación del cristianismo, como de todas las religiones, no estriba en los principios abstractos* (estos se encuentran en todas las teogonias: Budha, Confucio y Sócrates han sido, y serán siempre, los representantes de la misma metafísica religiosa), *sino en su aplicación, en la representación viviente de la felicidad de cada hombre, y de la humanidad en conjunto.*

Dice el Génesis que hay que amar á Dios y al prójimo; pero, según el Génesis, la aplicación de esta máxima consiste en la circuncisión, en la observación del Sábado y de la ley criminal; mientras

que la doctrina cristiana consiste en afirmar que la ley de amor es posible y muy dulce de cumplir. En el Sermón de la Montaña, Jesucristo definió claramente de qué modo cada hombre debe practicar esta ley para su propia dicha y la dicha ajena. Sin este Sermón no existiría la doctrina cristiana. No se dirigía Jesucristo á los sabios, sino á los ignorantes y humildes. En el exordio de este sermón, dice que aquel que haya violado el menor de tales mandamientos, ocupará en el cielo más estrecho lugar (San Mateo, V, 17-20) y en la peroración recuerda que no hay que hablar sino obrar (San Mateo, VII, 21-27); este sermón lo comprende todo. Se dan en él cinco mandamientos para la estrecha observancia de la doctrina. Las reglas más sencillas y más fáciles de comprender para la aplicación de los mandamientos para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, están claramente expuestas. Por muy extraño que parezca, después de transcurrir dieciocho siglos, he tenido que descubrir estas reglas como una novedad, y sólo después de haberlas comprendido, comprendí al propio tiempo la doctrina cristiana.

Esas reglas abrazan de un modo tan completo la vida de cada individuo, que si uno se ajustase á ellas, el reino de la verdad existiría en la tierra. Si se las examina después por separado, se advierte que resultado tan inmenso y dichoso proviene del cumplimiento de las reglas más sencillas y naturales, y fáciles de seguir. Cuando se reflexiona en lo que se podría añadir para alcanzar tal fin, no se halla nada. Es imposible también negar una de ellas sin que quede amenazado el reinado de la verdad.

Aun cuando no conociera de la doctrina de Jesucristo más que los cinco mandamientos, sería tan cristiano como hoy. Para mí, resumen toda la doctrina: 1.º No te encolerices; 2.º No cometas adulterio; 3.º No blasfemes; 4.º No pleitees; 5.º No luches contra tu prójimo.

Esta manifestación, que es tan clara sin embargo, ha sido ocultada á los hombres. Por ello la humanidad se apartaba de sus preceptos en dos sentidos opuestos: unos viendo en ella la salvación del alma, una representación grosera de la vida eterna, se aislaban no pensando sino en lo que debían hacer para sí mismos, en perfeccionarse en su soledad. Esto

sería risible, si no fuera tan triste. Fuerzas considerables han sido derrochadas por esos hombres, que eran numerosos; ¿con qué fin? Realizar lo imposible, lo absurdo; querer alcanzar el bien, viviendo lejos de sus semejantes.

Los otros, por el contrario, no creyendo en la vida futura, vivían (hablo de los mejores) únicamente para los demás. Pero ignoraban, y querían ignorar, lo que les era necesario á sí mismos, en nombre de qué principio querían el bienestar ajeno, y en qué consistía este bienestar.

Paréceme que lo uno no puede existir sin lo otro. El hombre no puede labrar su dicha si trabaja sólo para sí, haciendo abstracción de los demás, como los ascetas. Tampoco puede realizar el bienestar de sus semejantes, si no sabe lo que para sí mismo necesita, y en nombre de qué principio obra así, como les ocurre á los hombres de Estado sin convicción.

Quiero con igual amor á los hombres de ambas categorías, pero aborrezco sus doctrinas con igual odio. La única doctrina verdadera es la que ordena una actividad constante, una existencia que respon-

de á las aspiraciones del alma y trata de realizar la dicha ajena.

Tal es la doctrina cristiana. Por igual se aleja del quietismo religioso y de las pretensiones altivas de los revolucionarios, que ansían proteger á sus semejantes, sin saber en qué consiste la verdadera dicha. Es ésta de tal naturaleza, que, buscándola, no se puede proporcionar la dicha á los demás sin ser dichoso uno mismo, y no puede ser uno dichoso, sino haciendo que lo sean sus hermanos.

A los ojos de los jóvenes y de los que profesan nuestra opinión, es muy fácil no emplear la violencia para resistir al mal. Comprenda usted que si el cristiano rehusa emplear la violencia, es porque comprende que le aleja de su objeto y que no es racional. ¡No es que la deseche sin pesar! Pero su tarea le es más fácil porque cree firmemente que no resistiendo al mal por la violencia, sino combatiéndolo únicamente por el bien y la verdad, hace lo que puede y cumple la voluntad del Padre, según la exposición de Jesucristo. No se apaga el fuego con el fuego, no se seca el agua con el agua, no se combate el mal con el mal, *Siempre se ha hecho así,*

se ha hecho desde que el mundo existe, y se ha continuado hasta llevarnos á la situación en que nos encontramos.

Es tiempo ya de abandonar tan anticuado método y de adoptar el nuevo, que es mucho más prudente. Si se han cumplido algunos progresos hasta aquí, es únicamente gracias á los que devolvieron bien por mal. ¡Ah, si tan sólo una millonésima parte de los esfuerzos hechos por los hombres para vencer el mal por la violencia, se hubiese empleado en soportar el mal sin participar de él, para iluminar el mundo!

¡Si se aplicara siquiera el método experimental! A nada se ha llegado con el primer sistema; ¿por qué no ensayar el nuevo, que por lo menos tiene la ventaja de ser claro, evidente y bueno?

Tomemos un ejemplo. Acordémonos de la Rusia de estos últimos veinte años.

Nuestra juventud intelectual ha gastado sus días en ese mismo deseo de hacer el bien, de sacrificarse para apresurar el reinado de la verdad. ¿Cuál ha sido el resultado? ¡Ha sido nulo! Se han gastado inútilmente grandes fuerzas morales,

Si en vez de los terribles sacrificios á que se ha resignado esa juventud, en vez de los tiros de revólver, de las explosiones, de las imprentas clandestinas, esas gentes hubiesen practicado la doctrina de Jesucristo, es decir, que consideraran que la vida cristiana es la sola razonable; si, en vez de esta tensión de fuerza inimaginable, dos ó tres docenas de hombres, un centenar si se quiere, respondieran sencillamente cuando se les llama á las filas: «¡No podemos servir como asesinos, pues creemos en la doctrina de Jesucristo que vosotros mismos profesáis y defendéis!»; si contestaran de igual modo cuando se les pide el juramento, en igual forma cuando se les exige ser jurados, la misma cosa cuando se les requiere para participar en la violencia que consagra la propiedad, no sé lo que sucedería, lo ignoro. Pero sé que esto nos llevaría hacia el fin anhelado, y que es la única vía de la actividad fructuosa: no hacer nada de lo que es contrario á la doctrina de Jesucristo, y declararlo franca y abiertamente, no tan sólo para conseguir un resultado artificial, sino porque nos está vedado dañar á los demás, ya que no se les pueda hacer bien.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE YÉS"
Apto. 1825 MONTAÑEY, MEXICO

Tal es la respuesta á las preguntas de usted, acerca de lo que hay que hacer.

Por otra parte, todo esto está mejor explicado en el Evangelio (San Mateo, V, 13-16).

Preveo una objeción. Usted me dice que no vé de qué modo hay que aplicar tales máximas, ni qué resultado producirán. ¿Cómo, según tales reglas, ha de considerarse la propiedad, el poder, las relaciones internacionales?

No crea usted que hay nada obscuro en el cristianismo. Todo en él es claro como el sol.

La actitud que debe guardarse ante el poder, está indicada en la parábola del dinero. El dinero, considerado como propiedad, no puede admitirse por los cristianos. Las autoridades lo han creado, y á las autoridades ha de ser devuelto. Pero mi alma es libre. Sólo depende de Dios, y he aquí por qué siem-

pre las acciones, la sabia libertad, sólo de Dios dependen. Podrán matarte, pero no te pueden obligar á matar ni á cometer una acción anticristiana.

Según el Evangelio, no puede existir la propiedad, y ¡desgraciados los que poseen! Desdichados de ellos, pues sea cualquiera la situación en que se encuentren, todo lo que pueden hacer los cristianos respecto de la propiedad, es no participar en las violencias en su nombre cometidas; es predicar que la propiedad es un mito, que no existe, pero que existe únicamente una fuerza, por medio de la cual se apropian unos pocos los objetos, y que los hombres llaman propiedad.

El hombre que da su capa cuando le quitan la camisa, no puede admitir la propiedad. Ni puede tampoco creer en las relaciones internacionales, porque todos los hombres somos hermanos é iguales. Si los zulús vinieran á mi casa para matar á mis hijos, lo único que yo podría hacer es darles á entender que tal acción es mala y que de ninguna manera podría aprovecharles. Trataría de hacérselo comprender, á pesar de someterme, tanto más, cuanto que no tengo ningún interés en luchar con los zulús. Si

luchara, ó bien me vencerían y se mostrarían todavía más crueles con mis hijos, ó bien sería yo quien les venciera, y mis hijos no por ello dejarían de poder morir al día siguiente entre espantables tormentos. No tengo ningún interés en combatir, porque, sometiéndome, realizo á punto fijo una buena acción, mientras que, resistiendo, tal acción sólo puede tener un resultado dudoso.

Tal es, pues, mi respuesta. Lo mejor que podemos hacer, es cumplir las recomendaciones de Jesucristo, y para cumplirlas debemos estar seguros de que son la verdad, así para la humanidad entera, como para cada uno de nosotros. ¿Tiene usted esta fe?

Preveo aún dos objeciones.

La primera es que si se somete uno á los zulús, á los representantes de la autoridad, y si se da á los malos todo lo que son capaces de tomar, si se niega uno á contribuir á las cargas públicas y á reconocer

la propiedad, ¿no se caerá otra vez hasta los últimos grados de la escala social, no le rechazarán á uno, no le avergonzarán y tratarán como á un vagabundo, y la luz espiritual que se posee no corre riesgo de extinguirse sin provecho para nadie?

En tales condiciones, ¿no valdría más armarse de cierta independencia que permitiese instruir á sus semejantes y ponerse en comunicación con el mayor número posible de ellos?

¡Es pura ilusión! Nos parece esto preferible, porque apreciamos las comodidades de la vida, la ciencia y la pretendida alegría que nos proporcionan. Pero á cualquier grado de inferioridad social que el hombre descienda, siempre estará rodeado de sus semejantes, y por consiguiente, en condiciones de trabajar para su bienestar.

En cuanto á saber si son los profesores de la Universidad, ó los habituales concurrentes á los asilos de noche, los que más servicios pueden prestar á la obra cristiana, esto nadie puede decirlo. Mi propio sentimiento y el ejemplo de Jesús hablan en favor de los humildes, de los pobres. Únicamente los po-

bres pueden predicar la buena nueva. Puedo yo razonar doctamente y ser sincero, pero no me creará nadie, mientras viva en una quinta de recreo y gaste en un solo día, junto con mi familia, lo que podría bastar á una familia pobre durante un año.

Por lo que toca á la instrucción, tiempo es ya de no hablar de ella como de una dicha.

Todo el efecto que produce consiste en pervertir á noventa hombres de cada ciento. En cuanto á hacerlos mejores, no puede pretender conseguirlo.

Ha oído usted hablar probablemente de Sutaiev. Es un mujik que no sabe leer ni escribir. Sin embargo, su influencia entre sus iguales, y hasta sobre los jóvenes instruidos, es más grande é importante que la de todos los escritores y sabios rusos.

Veamos ahora la segunda objeción que se desprende de la precedente.

—Bueno, me dirá, y usted, Leo Nicolaievitch (1), ¿vive usted según los principios que predica?

(1) Nombres patronímicos del conde Tolstoy.

Tal pregunta es muy natural y me deja siempre turbado y vencido.

—Usted predica; y ¿cómo vive usted?

No predico, no puedo predicar, aun cuando lo anhele ardientemente. Sólo podría predicar con el ejemplo y mis acciones son malas.

En cuanto á lo que escribo, no tiene carácter de predicación. Se limita á desmentir á quienes interpretan torcidamente la doctrina cristiana y á dar una explicación de su verdadero significado. No tiende á regenerar la sociedad por la violencia: su objeto es indicar el sentido de la vida en este mundo. Este sentido se halla en el cumplimiento de los cinco mandamientos. Si quiere ser usted cristiano, tiene que cumplir estos mandamientos; de lo contrario, no hable usted de cristianismo.

Pero, se me objetará, si cree usted que no hay vida prudente fuera del cumplimiento de la doctrina cristiana, ¿por qué no cumple usted los cinco mandamientos? Yo contesto: Soy culpable, y merezco que me desprecien. Pero añado, no tanto para justificarme como para explicar mi inconsecuencia: Comparad mi vida anterior con la de hoy y veréis que

trato de vivir según la ley de Dios. No he hecho ni una milésima parte de lo que hay que hacer, y me siento confuso por ello; pero he dejado de hacerlo, no porque no haya querido, sino porque no he podido. Enseñadme cómo puedo sustraerme á las tentaciones que me rodean, auxiliadme, y cumpliré los mandamientos.

Acusadme si queréis. Yo mismo me acuso; pero no abominéis del camino que sigo, y que indico á los que me preguntan por el camino recto.

Si conozco el camino que conduce á mi casa, y lo sigo tambaleándome como un hombre ebrio, ¿quiere decir esto que el camino sea malo? Indicadme otro, ó sostenédme por el verdadero, como yo estoy dispuesto á sosteneros. Pero no me rechacéis, no os regocijéis al ver mi falta, no gritéis con alegría: «¡Mirad, dice que va á su casa y cae en el lodazal!» ¡No, no os alegréis, ayudadme y sostenedme!

Auxiliadme; mi corazón se desgarrá al pensar que todos estamos extraviados, y cuando yo realizo cuantos esfuerzos puedo para salir de tal situación, vosotros, á cada uno de mis tropiezos, en vez de sentir compasión, me señaláis con el dedo gritando:

«¡Ved, cae en el mismo lodazal que nosotros!» He aquí cómo entiendo la doctrina cristiana y el modo de seguirla. Hago cuanto puedo para lograrlo, y á cada falta, no sólo me arrepiento, sino que pido ayuda para repararla, y veo con alegría que hay quienes siguen el mismo camino que yo, y de quienes escucho los consejos.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prefacio.	7
Los comedores de carne.. . . .	41
La guerra.	105
La caza.. . . .	145
La dicha.	173
Profesión de fe.	203



Obras de Máximo Gorki

Entre los literatos modernos de mayor renombre, figura el joven Alejo Peschkov, que con el seudónimo de *Máximo Gorki* (1) ha publicado libros hermosísimos, llenos de verdad y poesía, conocidos ya en todos los países de Europa.

El éxito alcanzado por **Los Vagabundos**, de los que se han publicado en Italia y Francia numerosas ediciones, hizo que varios escritores españoles se apresuraran á traducir en nuestro idioma la obra de Peschkov. La primera versión publicada, que ha merecido los elogios del crítico de *El Imparcial*, señor Gómez de Baquero, es la de esta casa y lleva la firma de R. Devil.

Bajo el título de **Los Vagabundos**, hemos reuni-

(1) En ruso, Gorki significa «Desdichado».

do cuatro novelas cortas: **Malva, Tchelkache, Mi compañero, y Konovalov.**

He aquí algunas líneas del prefacio de este libro;

«Ha vivido (Gorki) entre los vagabundos y los ladrones; ha dormido arrullado por el ruido de las olas á orillas del mar, sobre la dura arena; ha caminado á través de la estepa; se acostó sin cenar, anduvo sin comer, llegó á una ciudad donde nadie le conocía, se durmió pensando en la estupidez y en la maldad humanas; despertó desesperado y sintió, al recordar el conjunto de sus impresiones, una lástima inmensa y piadosa por los hombres en general que, sujetos á una ley inexorable, consumen su vida como todos los organismos inferiores, luchando entre sí con daño de todos, sin provecho definitivo para nadie, ya que la muerte no perdona al victorioso y venga al vencido.

Gran conocedor de los hombres, ha sabido crear figuras como Iliá, Gratchef, Tchelkache, Malva, Konovalov, y Charko, el benemérito haragán, que comprende y practica el robo y no puede practicar él trabajo, no porque la voluntad le falte, sino porque alguna tara cerebral se lo impide.

Las descripciones de Gorki, sencillas, sobrias, tienen una fuerza avasalladora. No son una fotografía del aspecto exterior, sino de su naturaleza íntima expresada con palabras precisas, llenas de color, rebosantes de análisis, que dan la sensación misma que produce la contemplación del mar, la vista de los bosques, la caminata á través de la estepa.

Habla Gorki de lo que ha visto; analiza lo que conoce; no comenta, no impone su juicio al juicio ajeno. «Esto he visto y esto escribo», declara. Pelletán decía en una de sus obras: *J'ai mis la main sur le cœur de la France, je l'ai senti battre et j'ai écrit ce livre.* Y el libro era bueno. Los de Gorki son mejores. Es que Pelletan habla de los franceses y Gorki de los hombres».

Más notable, si cabe, es aún la colección titulada **En la Estepa**, y que además del episodio del mismo nombre, contiene originales y brillantes narraciones, fruto del ingenio creador de un inimitable artista, que en este libro prodiga pensamientos nuevos é imágenes de incomparable belleza.

La falta de espacio nos impide hacer un análisis detenido de las obras de este famoso literato. Con

el título de **Los Tres**, y en forma de novela,—una amena y preciosa novela,—Gorki describe la vida de sus jóvenes compatriotas; pero este libro, más complicado y bello que la célebre novela de Dostoyewski *Crimen y Castigo*, ofrece un carácter humano que lo hace interesante para toda clase de lectores, sea cual fuere el país en que han nacido. Se ve en **Los Tres** al escritor que ha llegado á la plenitud de su talento y al completo dominio del arte, facultades que le permiten producir la obra perfecta concebida en la juventud.

Al mismo tiempo que estos libros, publicamos **Tomás Gordeieff, Caín y Artemio, Los Degenerados y La Angustia**, que es la última producción del gran escritor ruso.

En **Los Degenerados** (*Los exhombres*), Gorki estudia con minuciosa atención y describe de un modo admirable la vida de esos seres que, colocados por la suerte, el nacimiento ó el propio mérito en alto lugar, han caído en la desgracia y la pobreza. **Caín y Artemio** y los demás relatos de la colección tienen un relieve extraordinario y colorido poético.

Por lo que hace á la novela **Tomás Gordeieff**, se la ha juzgado, con razón, como una de las obras maestras de la literatura contemporánea. Esta es la novela en que se ha inspirado Gorki al escribir su drama de gran éxito *La Clase Media*, estrenado hace poco en San Petersburgo. Nada más bello que el carácter de Gordeieff, singular personaje que en las últimas páginas del libro brilla con luz fulgurante, á semejanza de las estrellas que, desde el cielo de la estepa, miran pensativas al narrador bohemio Makar Tchudra. Al lado del protagonista, aparece el viejo Maiakín., personaje muy bien observado y que avalora muchísimo esta novela, cuyo interés no decae un solo instante.

Cada obra forma un volumen con elegante cubierta y que se vende al precio de costumbre.



